



SERVICIO SECRETO

LA MUERTE VISTE HARAPOS

alt regaladie



BB

LA MUERTE VISTE HARAPOS



ALF. REGALDIE

LA MUERTE VISTE HARAPOS

SERVICIO SECRETO n.º 739
Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 22315 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: OCTUBRE 1964

© ALF. REGALDIE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANTONIO BERNAL - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 4838/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

867 — Cobardes en el Far-West.

En Colección SERVICIO SECRETO:

719 — Los muertos no hablan.

En Colección BUFALO:

561 — Cavaron sus fosas.

En Colección TEXAS:

440 — Revólveres alquilados.

En Colección CALIFORNIA:

377 — Como un rayo destructor.

En Colección COLORADO:

359 — Mayoría de revólveres.

En Colección KANSAS:

296 — Orgullo de mala ley.

En Colección BRAVO OESTE:

171 — Fuego en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:

124 — La muerte llegó invitada.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

20 — La muerte llama a la puerta.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

87 — Gesta de audaces.

En Colección METRALLA:

48 — Bandera blanca en Singapur.

CAPÍTULO I

Ray Cole terminaba de vestirse.

Se sentía optimista. Iba a asistir a una fiesta en la que conocería a una persona que era «alguien» en el mundo del periodismo y la política.

Y esa persona estaba interesada por su labor periodística en torno a las pandillas de delincuentes juveniles y de otras similares que no tenían nada de juveniles.

Aspiraba Ray al premio «Pulitzer» de periodismo. Era ya mucha gente la que consideraba que lo merecía, y bastaría una pequeña ayuda para que lo consiguiese.

Y esa ayuda podría venir de la persona a la cual iba a conocer en la fiesta, la cual estaba muy interesada por el joven periodista, al que estaba dispuesto a ofrecer un puesto privilegiado en la cadena de periódicos que dirigía.

El timbre del teléfono repiqueteó.

Ray no esperaba ninguna llamada. Sin embargo, su carácter vivaz, dinámico, le hizo acudir con rapidez.

Se alegró de ello, alegría que se reflejó en el rostro al reconocer a la persona que le llamaba.

—¿Ray?

—El mismo, pelirrojilla. Encantado de oír tu voz ¿Has decidido venir a la fiesta?

—¿A qué fiesta? —preguntó la chica.

—¿Es posible que no lo recuerdes? Te lo dije hace tres días por lo menos. Se da un festival en el que va a ser presentado el candidato a Fiscal del distrito.

—¡Oh, Ray, lo siento! No recordaba... Y no debo molestarte...

—¿Qué sucede, Joyce? Estás asustada, lo sé...

La respuesta tardó en llegar hasta el punto de que Ray apremió:

—¡Vamos, habla! ¿Qué sucede?

—No quiero estropear la fiesta, Ray. Hablaremos mañana...

—Vamos a hacerlo ahora mismo. Di lo que sea o me enfado.

—Yo sé lo mucho que esa fiesta supone para ti...

—De acuerdo, significa bastante. ¿Y qué? No voy a perderla por lo que me tengas que decir. Bien, es lo que supongo. Y sobra tiempo para llegar a ella.

—Es muy tarde...

—Si llego tarde será mejor. Es cuando hay más gente y uno es más notado. Además, entraré despacio, dejándome ver, sonriendo... Y ahora dime lo que te sucede. Porque no hay duda que ocurre algo.

Ante el silencio de Joyce Mathews, volvió a apremiarla Ray hasta que ella, con timidez, dando muestras de cierto nerviosismo, comenzó a decir:

—Han amenazado a mí padre, Ray...

—¿Qué lo han amenazado? ¿Quiénes? ¿Por qué?

—Creo que no hemos hablado nunca de ello... Verás. Mi padre tiene un importante «drugstore». Este barrio... Bueno, tú ya lo conoces. Mi padre hace tiempo que quiere irse de aquí. Por mí más que nada...

—Sabía algo... Adelante, Joyce. ¿Por qué lo han amenazado?

—Él no paga nada a la pandilla de granujas que domina aquí. Se ha negado siempre...

—Ha hecho bien. ¿Pero por qué lo han amenazado ahora, precisamente ahora?

—El jefe de la pandilla era antes un irlandés. Respetaba a mí padre. Pero lo mataron y el jefe ahora es un italiano...

—Y ese no lo respeta...

—Ese granuja no tiene consideración ni para su padre. A la madre la mataron a disgustos entre él y su padre.

—¿Y los demás de la «panda» han admitido a un italiano como jefe?

—Los italianos son mayoría. Los irlandeses van desapareciendo. Y por lo menos Memmo Pellegrini es lo más malo que he conocido.

—¿Se trata de Memmo Pellegrini?

—Sí. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Dudo que haya cumplido los dieciocho años...

—Aunque así sea, es el jefe. Es el peor de todos, les aventaja con mucho...

—¿Se ha metido contigo?

—Todavía no. Pero quisiera que vieses cómo me mira. Y hoy ha estado reticente con mi padre en ese sentido...

—¿Es que ha dado la cara?

—¡Claro que lo ha hecho! No había más testigos que los de su «panda» y ellos no declararán contra él...

—Naturalmente...

—Para que mi padre no dudase de que la cosa iba en serio, le han apedreado un escaparate, le han destrozado los cristales...

—¿Tampoco había testigos de eso?

—Si los había, se han escondido. La gente no se quiere meter en líos, ya lo sabes...

—¿Algo más?

—Se largaron burlándose mientras que los críos, preparados por ellos seguramente, robaban lo que había en el escaparate...

—¿Así, pues, ya van preparando la gente? —preguntó con ironía.

—La gente se prepara por sí sola en este barrio, Ray, y tú lo sabes

bien.

—¿Algo más?

—Dicen que si paga como los demás, ellos le protegerán. Pero que si avisa a la policía no habrá quien le proteja...

—¿Qué piensa hacer tu padre? —preguntó Ray.

—Creo que te he hablado algunas veces de él. Es todo un carácter y no cederá. Preferirá ver arrasado lo suyo, se largará si no tiene otra salida, pero no se doblegará.

—Me parece bien.

—¡Lo matarán, Ray! ¿No lo comprendes?

Cole dijo impulsivamente:

—Que lo toquen y ya veremos quién protege a Memmo Pellegrini y a todos los gamberros de su pandilla.

—Creo que he hecho mal al decírtelo. Pero es que yo necesitaba confiarme a alguien. Quiero que me orientes...

Tras breve pausa, preguntó:

—¿No crees que debemos acudir a las autoridades? Tú tienes amistad con el Fiscal del distrito...

Ray respondió tras breve vacilación:

—¿Y qué crees que pueden hacer? ¿Poner vigilancia en torno al establecimiento de tu padre?

—¡Algo así tendrán que hacer!

—Se las arreglarían para atraer la atención de la policía hacia otro sitio y entonces atacarían a tu padre.

—Y lo matarían, ¿verdad?

—Eso creo...

—¿Es que las personas decentes vamos a estar a merced de una pandilla de gamberros desalmados? ¿Es esta la civilización?

—No. Eso es lo que se debe suprimir para podernos llamar civilizados con cierta razón.

—¿Y a qué esperan?

—Escucha, pelirrojilla. Eso es más complicado de lo que parece. Son muchos los resortes a tocar...

—Sí, ya lo sé. Por una parte tienen un empacho de legalismo. Por otra, piensan en las elecciones, en los votos; no quieren escándalos... Hasta los votos de los indeseables son buenos. Una vez en la urna cuentan y no se sabe de dónde ha salido... —respondió con ironía Joyce.

—Hay de todo eso un poco; pero hay más ganas aún de terminar con esa plaga, que es una auténtica vergüenza. ¿Tienes idea de lo que ganaría el político que diese solución al problema? —preguntó Cole.

—¿Y por qué no lo hacen? Es lo que pido yo, por lo que claman miles de ciudadanos que se ven afectados directamente por esa plaga.

—La cosa es bastante más complicada de lo que parece. Hay unas

leyes que amanillan a las autoridades...

—He oído ya demasiadas palabras sobre la cuestión y yo lo que necesito son hechos, Ray. La vida de mi padre está en peligro, ¿lo comprendes? Es como si me estuvieran clavando puñales a mí... Yo misma estoy en peligro...

—Lo comprendo todo perfectamente...

Joyce interrumpió vivamente, diciendo:

—Me han aconsejado que acuda a Roger Valdés. Él es jefe de una pandilla de portorriqueños. Son los rivales de la banda de Pellegrini. Y yo le gusto bastante a Valdés, hará lo que yo le pida...

—¿Pretendes lanzar a unos contra otros? Eso sería ponerse a la altura de ellos...

—Lo que quiero es salvar a mí padre...

—Me ocuparé del asunto ahora mismo. Pero no intentes mezclarte con esa gentuza. Tu padre no se salvaría por eso y tú... Más vale que no hablemos... Voy a tu casa.

—Se te hará tarde para acudir a esa fiesta...

—Siento tener que decirte que me importas tú bastante más que esta y que las amistades que pueda lograr en ella.

Lo dijo con cruda expresión para inmediatamente cortar la comunicación de manera brusca, sin aguardar respuesta alguna de ella.

Ray terminó de vestirse rápidamente. Y poco después, en su automóvil de modelo deportivo se encaminaba hacia la parte alta de la ciudad.

CAPÍTULO II

June Clayton había sido conocida por el nombre de «La Ganzúa». Pero eso fue en otros tiempos, cuando ella no era aún propietaria del «Danubio Azul», un establecimiento en donde se bebía y se comía tanto en la barra como en un comedor, que si no lujoso, estaba bien puesto.

El comedor en cuestión, pasada la hora de la cena, se convertía en sala de fiestas en donde se bailaba al son de una orquesta bastante aceptable.

Había también una pequeña sala de juego. Se decía, igualmente, que existían pequeños reservados.

Y en ocasiones, cuando entre las que animaban la sala de fiestas se decidía alguna, se llegaba a practicar el «streap-tease», aunque para tales sesiones se seleccionaba la concurrencia cuidadosamente. Y las exhibiciones se llevaban a cabo fuera de la hora habitual para el público.

June no permitía que le llamasen «La Ganzúa». Le recordaba un período de su vida que no había tenido nada de tranquilo y que había justificado plenamente el apodo con que se la había conocido entonces.

June sonrió a Ray Cole cuando lo vio entrar.

Ella, acodada tras el mostrador, charlaba en aquel momento con Memmo Pellegrini, que se hallaba sentado a la barra.

Pellegrini estaba flanqueado por Teo Garuffi y Phil O'Brien, dos de los jovencuelos de la pandilla.

Y su espalda quedaba guardada por Nello «el Corso». Nello era el menos joven de los cuatro, aunque no había rebasado aún los veinte.

La conversación entre «la Ganzúa» y Pellegrini parecía llevarse en tono amistoso.

Sin embargo Ray, tras responder con otra sonrisa a la de June, pudo oír que esta decía a Pellegrini:

—Te he dicho más de una vez que no me gusta veros por aquí... Vais a ser buenos chicos y a largaros. No debéis nada, invita la casa.

A Pellegrini no pareció afectarle la rociada. Sin dejar de sonreír miró para sus uñas y se limpió una de ellas con otra.

Después frotó unas y otras contra el pantalón, hasta sacarles brillo y finalmente, con toda calma las miró al trasluz.

Tras todo aquello echó un par de dólares sobre el mostrador y dijo:

—Cobra, rubia. Somos amigos, ¿no?

—No estoy muy segura de ello...

—Bien. Eso no cambia las cosas. Yo soy tu amigo.

Pellegrini hablaba con aplomo y a Ray no le extrañó que se hubiese

erigido en jefe de la pandilla.

—Tú estás muy sola —prosiguió diciendo el italiano—. Hay demasiada gentuza suelta por ahí y yo debo protegerte. Es mi obligación y yo siempre cumplo, ¿verdad, muchachos?

«El Corso» permaneció silencioso, mientras Garuffi y O'Brien respondían a coro, de forma un tanto cómica:

—Ciertísimo, jefe...

—Ya lo has oído —prosiguió Pellegrini—. Los portorriqueños te amenazan y nosotros no podemos consentir eso. Tú eres una persona decente, de los nuestros —añadió cínicamente.

—Quiero seguir sola, muchacho. Si me atacan sabré defenderme; pero no lo harán, perded cuidado. Saben que tengo amigos en todas partes. Ahora toma tu dinero, largaos y olvida ese afán de protegerme que te ha entrado.

—Toma los dos dólares y no intentes humillarme, rubia. Y como sigo siendo tu amigo volveré y hablaremos. Y que se atrevan a tocarte sin mi permiso...

Saludó Pellegrini a la rubia de forma un tanto grotesca y dio media vuelta para salir.

Nello «el Corso» había gruñido, dando la impresión de que con ello avisaba a su jefe la presencia del periodista.

Pero Pellegrini no necesitaba de tal aviso. Había visto a Ray, al cual conocía no solamente de vista.

Caminó de forma que hubiese tropezado con él a no haberse detenido a menos de medio metro de distancia.

Saludó en tonillo irónico:

—Hola, periodista. ¿Vienes a ambientarte?

En lugar de responder dijo Ray:

—Ya sé que te has erigido en «amo» del barrio. Pero yo no te voy a dar cuenta de mis movimientos. No soy uno de «esos»...

Señaló de manera despectiva para los tres acompañantes de Pellegrini que habían adoptado unas posturas cómicamente fanfarronas.

Garuffi y O'Brien dieron un respingo mientras «el Corso» permanecía impasible, inmóvil.

Los dos primeros dieron la impresión de que iban a atacar.

Pellegrini les contuvo, diciendo:

—Quietos, muchachos. Ray Cole nos honra con su visita. Él se preocupa por nuestro futuro el cual trata de mejorar. ¿No es así, periodista?

Hizo la pregunta en tono burlón.

Tampoco respondió Cole en aquella ocasión. Por el contrario, preguntó:

—¿Intentas extender tu protección hacia mí, Memmo? ¿Cuánto me

cobrarías? Espero que me apliques la tarifa más económica.

—He dicho que protejo a los amigos, como la rubia. Tú eres nuestro huésped. No eres de los nuestros y ni siquiera de nuestro barrio. Como huésped te protegeremos mientras estés en él.

—Gracias por tu generosidad, Memmo. ¿Y a ti, quién te va a proteger? Puede que también lo necesites...

—Nada de eso, periodista. Antes lo has dicho. Soy el amo, somos los más fuertes.

—Me parece que te haces muchas ilusiones, Memmo. Estás comenzando a pisar un terreno peligroso. Y no tardarás en darte cuenta de que no eres tan fuerte. Te crees un gigante porque te apoyan esos. Pero tienes los pies de barro.

Las palabras de Ray afectaron al jefe de la pandilla, aunque intentó disimularlo.

—No entiendo eso último, periodista.

—Ya lo entenderás. Al «Irlandés» lo mataron. Era el jefe, ¿no? Pues lo mismo te puede suceder a ti. Alguien que quiera ocupar tu puesto...

Palideció Memmo ligeramente, rechinó los dientes y crispó los puños dando la impresión de que se iba a lanzar.

En aquella ocasión fue Nello «el Corso» quien intervino para decir a su jefe:

—Calma, Memmo. Es una provocación...

Pellegrini logró dominarse y respondió:

—Al «Irlandés» lo mataron los portorriqueños, y ya lo pagarán. Y déjese de hacer de polizonte. Es un oficio peligroso.

—Gracias por la advertencia —respondió Cole desdeñoso.

Garuffi preguntó en tono burlón:

—¿Qué va a decir hoy, ensuciapapeles? ¿Qué los responsables de nuestra existencia son los políticos, más preocupados en lograr votos que en enfrentarse de verdad con los problemas?

—Nada de eso —terció Phil O'Brien—. Hoy le toca decir a la gente que somos el producto de unos hogares mal constituidos. Así el público se enternece, compra más papeles y a él le suben el sueldo, que es lo que importa.

—Quiere ser el «Pulitzer» de este año —siguió Pellegrini entonces, entre burlón y desdeñoso.

June había abandonado su puesto tras el mostrador para reunirse con Ray.

Al hacerlo se dirigió a Pellegrini con voz suave y tono amistoso que no correspondían a sus miradas ni a sus palabras.

—Os vais a largar inmediatamente, muchachos, o tendré que demostrar que no necesito ayuda de nadie y que vosotros sí necesitáis protección...

—Deja a los chicos que se desahoguen. Cuando vierten el veneno

que llevan dentro se sienten un poco menos sucios. Y como han galleado un poquito, se sienten hombrecitos.

June no dio ocasión a que Pellegrini respondiese. Ella se limitó a decir con energía, pero sin alzar la voz:

—¡Largo ya, muchachos! No quiero tener que repetirlo porque lo haré de otra forma.

—De acuerdo, rubia —respondió sin inmutarse Memmo—. Cuenta con nuestra protección. Nos veremos pronto.

Se dirigió a Cole:

—Ya lo sabe, periodista. Esta noche es nuestro huésped y le protegeremos si alguien intenta meterse con usted. Este barrio es peligroso para los extraños. Sobre todo, a determinadas horas...

Salieron los cuatro muchachos, manteniéndose siempre «el Corso» a la espalda de Pellegrini.

La rubia Joyce, cuyo traje de brillante tejido daba la sensación de que iba a estallar, siguió a los cuatro muchachos con la mirada.

Cuando hubieron salido dijo a media voz, con expresión bronca:

—¡Sucios gamberros!

—Pellegrini es tu amigo y solo aspira a protegerte.

—¡Tú sabes tan bien como yo lo que significan tales «protecciones»!

—¿Te han pedido mucho? —preguntó Cole.

—Vamos a dejarlo. Prefiero no hablar de esa cuestión...

—Eso es lo malo. Nadie quiere hablar de «esa» cuestión —respondió Ray.

—Es peligroso...

—Eso significa que te sometes.

—No quiere decir nada de eso. Me mantendré en mi sitio, pero no quiero hablar de ello.

Señaló para, la barra:

—¿No vienes allí? Invita la casa. Ya no te acuerdas de las viejas amigas...

—Tú no tienes nada de vieja...

—Dicen que estoy como nunca, pero tú no te quieres enterar. ¿Te vas a quedar un rato? Te dedicaré todo el tiempo que quieras y bailaremos muy apretados uno contra otro. ¿Ya no te acuerdas?

—Es uno de mis mejores recuerdos. Pero hoy no lo podremos revivir. Estoy invitado a una fiesta que es muy importante para mí.

La rubia suspiró ruidosamente, se colgó del brazo del periodista y marchó ceñido a él, contoneándose de manera aparatosa.

Una vez en la barra, tras haber sido servidos, la sugestiva rubia volvió a suspirar y dijo:

—Has venido a encontrarte con Memmo Pellegrini. Te habían dicho que estaba aquí...

—Lo ignoraba por completo...

—No lo ignorabas. Sé que él ha hecho hoy una visita a Mathews, el padre de esa pelirroja que te tiene trastornado.

—No la he visto a ella. Hace días que no la veo...

—Puede haberte telefoneado.

—Ignoro si lo ha hecho. En todo el día no he estado en mi apartamento más que el tiempo justo para cambiarme de ropa.

—¿La fiesta es cerca de aquí?

—No. Es a bastante distancia.

—Entonces es que has querido que te viese yo antes de asistir a ella. Así puedo dar la aprobación a tu traje. Es nuevo, ¿verdad?

—No das una en el clavo, rubia.

—¡Qué decepción! Yo que me había hecho ilusiones...

—En esa fiesta voy a ser presentado a alguien muy importante. Me preguntará sobre mi lucha periodística en pro de la higienización social de estos barrios... Y he venido a ambientarme para estar en forma.

—¡Ya! Y para ello comienzas por venir a mí casa...

—He venido a saludarte. Y la cosa no ha salido mal del todo. Aquí he encontrado a Pellegrini y sus muchachos.

—¡No pensarás que frecuentan esto!

—No soy policía ni juez, June... Además, ellos han venido a extorsionarte...

—No hablemos de eso, repito...

Bebió June después de sus últimas palabras.

Siguió diciendo luego, como rememorando tiempos pasados:

—Me he convertido en una persona respetable, Ray, y no quiero jaleos en mi establecimiento ni en torno a él. Es difícil mantener la paz en un sitio como este...

—¿He oído decir que aquí se practica el «streap-tease», June? —preguntó Ray.

—La gente habla más de la cuenta. ¿Qué tengo yo que ver si alguna chica se aligera de ropa cuando nos quedamos en plan de amigos? En cualquier caso no soy yo la del «streap-tease» y no es porque no me lo pidan...

Cimbreado June la cintura, procurando destacar sus atractivas redondeces anteriores y posteriores de forma provocativa. Y prosiguió:

—Además, porque en mi establecimiento se practique el «streap-tease», yo no dejo de ser una mujer honorable...

—Cierto...

—Sé también que se habla de que por ahí dentro hay unos reservados. ¡Parece mentira que la gente se ocupe de esas cosas...!

—No tenía idea de eso —mintió el joven periodista.

—¿No vivimos en un país libre? Los ciudadanos podemos hacer lo que queramos siempre que no vaya en perjuicio de un tercero. ¿Y a quién puede perjudicar que una pareja que se ponga de acuerdo se

refugie en uno de esos reservados?

—Está claro que nadie te puede reprochar nada...

—No te debes burlar. Hablo en serio...

—Y yo también...

—He conseguido mucho, Ray, y lograré aún más. A los catorce años andaba callejeando. Tú eres de los pocos que lo sabes. Y en doce años he cambiado... Ahora soy rica y quiero tranquilidad.

—Lo comprendo perfectamente.

—Pues por eso mismo no quiero escándalos. No necesito «protecciones» de nadie. Y tampoco quiero que nadie venga a hurgar aquí ni en mis asuntos ni en los de los demás.

—¿Eso va por mí? —preguntó Ray.

—Eso va por todos. ¿No crees que me he ganado esta tranquilidad?

—Seguramente. Y por eso Memmo quiere «protegerte». No he venido a hacer de polizonte, pero la verdad es que es Una verdadera lástima que nadie quiera hablar...

Bebió Ray el resto de la bebida que le habían servido y añadió:

—Me asquea la cobardía de la gente. En ocasiones me entran ganas de renunciar a la lucha y convertirme en uno de tantos...

CAPÍTULO III

Cuando Ray llegó hasta el lugar donde había estacionado su coche, advirtió inmediatamente que los neumáticos habían sido desinflados o reventados y que las cubiertas estaban rotas.

Un posterior y más detenido examen le hizo ver que el aceite y la gasolina se hallaban desparramados por el suelo, goteando aún los depósitos que habían sido agujereados.

Uno de los faros había sido destrozado y la carrocería presentaba, algunas abolladuras.

«Bien. No puede extrañarme —pensó—. Ha sido una broma de esos gamberros. Como principio no está mal del todo...»

Miró en torno. La calle, aunque bien iluminada, carecía de alegría, de vida y estaba solitaria, silenciosa.

Ray consultó su reloj. Faltaban muy pocos minutos para que Joyce Mathews saliese de la academia de baile a la que iba a tomar lecciones.

«Me ha salido un poco caro —siguió pensando—, el tiempo que he ganado para reunirme con ella a la salida. Pero me ha servido bastante para la toma de contacto con Pellegrini y sus gamberros...»

Ray estaba seguro de que sus movimientos, sus reacciones, estaban siendo objeto de espionaje y se mantuvo tal como si nada hubiese sucedido, diciendo en voz normal sin importarle que pudiesen oírlo:

—Espero que estos estúpidos gamberros paguen su fechoría, tan estúpida como ellos mismos.

Convencido de que el automóvil estaba inservible, decidió marchar por su pie al encuentro de Joyce.

Como tenía el tiempo justo, en lugar de dar la vuelta por una calle que si no concurrida estaba bien iluminada y no carecía de vigilancia, entró en un callejón en el que existían algunas escaleras para casos de emergencia, un callejón en el que existían algunos entrantes y salientes correspondientes a puertas de carga de algunas pequeñas industrias establecidas en el lugar.

Sabía que era arriesgado, pero no habían vacilaciones y menos cuando se sabía observado.

En los primeros metros no sucedió nada.

Luego, cuando ya se había internado casi quince metros, oyó ruido de pisadas. Avanzaban corriendo sobre las puntas de los pies y debían ser, por lo menos, seis o siete.

Intuyó el joven que iban por él, pero su actitud no cambió en absoluto. Estaba seguro de que se trataría de muchachos, de la edad de Memmo y menores, de los que actuando solos no se atrevían a grandes

cosas, pero que en pandilla resultaban terribles.

Los oyó llegar.

El que marchaba en cabeza dio la impresión de que iba a pasar de largo, pero poco antes de rebasarlo le empujó, haciéndole perder el equilibrio.

El que iba detrás le zancadilleó entonces valiéndose del puño de un bastón.

Recibió un nuevo empujón, dado con bastante violencia y se vio proyectado al suelo.

Ray no pudo evitar la caída aunque el ataque no le había pillado de sorpresa.

Pero una vez en el suelo no se estuvo quieto sino que aprovechando el mismo impulso que lo había lanzado dio una voltereta, esquivando así el puntapié que trató de asestarle uno de los mozalbetes que llegaba corriendo detrás.

Al fallar el muchacho le resultó fácil a Cole alargar una pierna y zancadilleado.

Cayó el gamberro con espantosa violencia y apenas hubo tocado tierra lo tomó Ray del cuello y le estrelló la cara contra el suelo, arrancándole un grito de dolor.

Recibió el joven dos golpes en las costillas, golpes que le produjeron bastante dolor aunque no llegaron con precisión gracias a su movilidad.

E instantes después otro de los atacantes era lanzado con violencia, dando de boca contra el ángulo saliente de un final de escalera.

Gritó salvajemente y a pesar del dolor trató de pisotear a Ray pero este logró levantarse rápido para asestarle el golpe del conejo.

Y el muchacho volvió a dar de narices contra el saliente, derrumbándose sin sentido.

Cole recibió un golpe en un ojo y otro detrás de una oreja y sintió que se le doblaban las rodillas.

Alzó uno de sus pies tan pronto logró afianzarse y golpeó en el bajo vientre a uno de los mozalbetes, quien salió lanzado hacia atrás con estrépito, aullando de dolor.

A otro de ellos logró aferrarlo por una muñeca en el momento mismo en que recibía un golpe.

Aguantó cómo pudo, cabeceando para librarse del que le había golpeado, el cual salió despedido con fuerza.

Y aplicó una torsión al brazo que había aferrado.

Se oyó un grito de dolor, crujieron unos huesos y el muchacho saltó dando una voltereta intentando librarse de la dolorosa presa.

Y Ray aprovechó su movimiento para lanzarlo contra otro de los atacantes.

Chocaron dos cabezas con violencia y los dueños de las mismas se fueron a tierra.

Ya había cuatro jóvenes fuera de combate, inmóviles, pero quedaban cinco que aunque seriamente tocados, luchaban con verdadera rabia.

La pelea para Ray, bastante tocado también, comenzaba a resultar agobiante.

Uno de los muchachos sacó un cuchillo automático y atacó con furia tratando de clavar el arma en uno de los costados del periodista.

Saltó Ray ágilmente de costado atropellando a uno de los muchachos al cual derribó.

Falló el golpe el del cuchillo, que quedó clavado en el marco de una puerta.

Y antes de que pudiese arrancar el arma, Ray le contragolpeó, asestándole un puñetazo en la nuca.

El muchacho cayó como una res apuntillada.

Un puntapié bien dirigido derribó a otro, que lanzó un grito de dolor.

Ray recibió dos nuevos golpes, sintiendo correr la sangre por su rostro.

Atenazó a uno de los muchachos por el cuello y lo obligó a dar de cara contra la pared una y otra vez hasta que se le escurrió sin sentido de entre las manos.

Recibió a cambio varios golpes más que fueron mermando su resistencia.

Aferró a otro de sus atacantes y mientras le sujetaba la cabeza con una mano le aplicó un puñetazo en una de las orejas con el puño derecho.

El muchacho se derrumbó.

Se oyó ruido de gente que llegaba corriendo. Y casi en el mismo instante se oyó el silbar de los pitos policiales así como el ulular de la sirena de un coche de la policía.

Los que llegaban corriendo en primer lugar eran Pellegrini, «el Corso», Garuffi y O'Brien.

Cole, a pesar de que tenía un ojo medio cerrado se dispuso a recibirlos dignamente aunque tenía el íntimo convencimiento de que no podría resistir la acometida.

Pero los cuatro gamberros se lanzaron sobre los atacantes de Cole que permanecían en pie aún y que se apresuraron a correr, abandonando el campo en donde tan duramente se había luchado.

Tres de los que habían caído fuera de combate se levantaron y corrieron también.

Los recién llegados se ensañaron a golpes con los que se hallaban en el suelo intentando levantarse.

Pellegrini gritó dando muestras de irritación:

—¡Fuera de aquí! Si os vuelvo a ver por nuestros dominios os

liquidamos para siempre.

Ray se sentía incapaz de actuar en aquel momento y se mantuvo apoyado de espaldas contra la pared, viendo cómo los que se hallaban en tierra eran obligados a levantarse y a huir también, detrás de sus compinches.

Se quedaron los recién llegados a los cuales se reunieron tres policías de uniforme, uno de los cuales se dirigió a Cole para preguntarle:

—¿Qué ha sucedido aquí?

Pellegrini se apresuró a responder por Ray:

—Los portorriqueños. Le han atacado, tal vez porque saben que es nuestro huésped; acaso lo han hecho para robarle...

Garuffi intervino para decir:

—Se trata de nuestro amigo el periodista Ray Cole.

Cole era sobradamente conocido para que su nombre no causase impresión entre los policías que lo miraron con respeto y conmiseración a la vez.

Uno comentó:

—Parece que usted les ha dado duro a esos gamberros. Tendremos que echar a los portorriqueños; o meterlos tras siete rejas.

Cole, que se había repuesto en buena parte y cuya respiración se había ido normalizando, se dirigió al policía que había hablado, diciéndole:

—Esos eran tan portorriqueños como usted. Cuando les he zurrado duro se quejaban en italiano. Como le va a suceder a este granuja...

Antes de que lo pudiesen impedir, Ray, realizando un considerable esfuerzo desplazó su mano izquierda violentamente, hundiéndola en la anatomía de Pellegrini, a la altura del hígado.

El jefe de la pandilla se dobló hacia adelante lanzando una imprecación en italiano.

Y aún estaba esta en el aire cuando Cole doblaba la derecha para estrellar el correspondiente puño contra la barbilla del muchacho que salió volteado, cayendo como fulminado.

Intentó «el Corso» lanzarse sobre Ray, pero fue sujetado por uno de los policías mientras que otro de ellos se interponía para evitar que Garuffi y O'Brien pudiesen atacar.

Pellegrini permaneció inmóvil breves segundos. Después se incorporó, sacudió la cabeza y finalmente se alzó, dando la impresión de que había sido bien tocado.

No estaba en condiciones de repeler la agresión de que había sido objeto y se vio aferrado por Ray, el cual lo zarandeó, diciendo:

—Te crees muy listo, demasiado listo, sucia rata de alcantarilla. Esos que me han atacado eran de tu pandilla. Y los que me han destrozado el coche también. Y lo vas a pagar en dinero o te machaco la

cabeza.

Lo lanzó violentamente contra una pared a pesar de que uno de los policías intentó impedirlo.

Garuffi gritó dirigiéndose a uno de los policías, haciéndolo con voz infantil:

—¿Es que van a tolerar que nos maltrate el grandullón ese? ¿Después de que hemos corrido en su auxilio?

—O cierras el pico o te muelo a palos yo, muchacho. Aquí no tenemos testigos... Y no os merecéis nada mejor.

El mismo policía preguntó a Cole:

—¿Qué hacemos con estos?

—Supongo que tendrán que dejarlos. Ya los ha oído. Ellos corrieron en mi auxilio. Y no podremos probar tampoco que han sido los autores del desaguisado cometido con mi automóvil.

—¿Está seguro que los que le atacaron eran de la pandilla de estos?

—Por lo menos eran italianos; menos dos, que eran irlandeses...

—¿Podría reconocer a alguno de ellos?

—No. Estas ratas inmundas me atacaron por la espalda. La luz es poco menos que nula. Y en el calor de la lucha no tuve tiempo de fijarme en las facciones de ellos.

—¿En dónde quiere que le dejemos, señor Cole? —preguntó el mismo policía aceptando como buenas las razones de Ray.

—Voy a seguir por mí pie. Tengo algo que hacer por aquí...

—No puede ir solo...

—Espero que no se me atravesase en el camino ninguna de estas cucarachas. Sería malo para ellos. Buenas noches y gracias por sus atenciones.

—Sería conveniente que un médico le echase un vistazo —dijo el policía.

—Ya me ocuparé de ello cuando pueda. Por si les interesa, ahí tienen el cuchillo con el que intentó clavarme uno de esos gamberros. Habrán quedado huellas en él y no resultará demasiado difícil localizarlo.

Garuffi acusó a Cole:

—¡Chivato...!

No había terminado de decir la palabra cuando era derribado por un tortazo del dinámico periodista, el cual se alejaba poco después recomponiendo en su ropa y físico, en la medida de lo posible, los daños sufridos.

El policía que parecía tener más autoridad, se dirigió a Pellegrini, que aunque aturdido, estaba en condiciones de entenderle:

—Otra de estas y vais a la cárcel. Sé que eres el jefe de la pandilla. Y también que mataste al «Irlandés» para sucederle. Ahora, ten cuidado...

CAPÍTULO IV

La lucha sostenida con los pandilleros de Pellegrini entretuvo a Ray lo suficiente para que no llegase a tiempo a la academia para recoger a Joyce.

El periodista acudió entonces a la casa de la linda pelirroja. Ella, que terminaba de llegar, le abrió la puerta.

Ray no había logrado borrar ni con mucho las huellas que había dejado en él la lucha y la muchacha desorbitó la mirada al ver a su amigo.

—¡No hay duda! Eres Ray Cole...

—El mismo, aunque un poco magullado...

—Pasa...

Los dos jóvenes se estrecharon las manos.

—¿Cómo ha sucedido? Siento que por mí...

—No ha sido por ti. Habría ocurrido de todas maneras. A los muchachos les molesta que me ocupe de ellos.

—¡Pero lo que han hecho contigo es una bestialidad!

—Bueno, no hay que exagerar. Ellos salieron bastante peor parados que yo. Lamento no haber llegado a tiempo de recogerte...

—Fueron a buscarme mi padre y un amigo. E iban armados, por si acaso.

—Opino que hicieron perfectamente...

—Pero, ¿crees que se puede vivir continuamente en una tensión semejante? —preguntó la linda pelirroja.

—No he dicho eso. Pero ellos plantean la lucha y nosotros o tenemos que rendirnos antes de iniciarla o aceptarla con todas sus consecuencias.

—Te han estropeado la fiesta...

—Iré a ella a pesar de todo. Si me lo permites pasaré al cuarto de baño y me haré algunos retoques... ¿Está tu padre?

—Ahí dentro. No quisiera que te viese en ese estado.

—Al contrario. Debe verme así. Tiene que saber cómo actúa esa gente...

—¿Es que no ha acudido la policía...?

—Un poco tarde. No la avisaron que iban a atacarme. Ellos huyeron ayudados por sus compinches...

Salió el padre de Joyce, próximo ya a los cincuenta años, de mediana estatura, muy recio. Los dos hombres se saludaron y Lewis Mathews invitó a Ray a pasar.

Este hizo un relato de lo sucedido. Y Mathews comentó al final:

—Lo de siempre. La Ley maniata a la policía, a las personas honradas. En determinados casos debiera bastar la convicción para condenar a un individuo...

—Existen demasiados abogados ansiosos de notoriedad para que eso pueda llegar a ser una realidad. Por otra parte, resultaría sumamente peligroso. Se cometerían abusos... —opuso el periodista.

—¿Acaso no se cometen así? —preguntó el padre de Joyce—. Y las víctimas de ello somos personas decentes.

—Es inútil que discutamos, señor Mathews. Debemos tomar las cosas tal como son, no como quisiéramos nosotros que fuesen.

—En eso no hay más remedio que darle la razón.

—Ahora ya sabe lo que hay, cómo me han tratado y lo que están dispuestos a hacer.

—Lo sé hace tiempo. Por eso he buscado afanosamente la forma de salir de este barrio. Sabía que esto llegaría algún día...

—Pues ya lo tenemos ahí. ¿Qué decide?

—Luchar...

—Adelante. Me tendrá a su lado. Comenzaré por apretar en la Prensa hablando de la protección de que gozan algunos «gangsters» por parte de ciertos políticos...

—Es mucho arriesgar...

—Se actúa o se queda uno en casa...

—Tiene razón...

—Hablaré también de la excesiva tolerancia existente con ciertos jóvenes a los cuales no se les conocen medios de vida. Y pediré una ley que ataje esa intolerable manera de vivir.

—Es posible que de cara a las elecciones la consiga usted. Dependerá de lo que sus artículos calen en la gran masa electoral...

—Calarán; sabré presentar las cosas —afirmó el joven Ray.

—Adelante, pues...

Los dos hombres volvieron a estrecharse las manos, sellando aquella especie de pacto.

—Ahora me excusará, Cole. Estoy echando una partida con un par de amigos. Estoy seguro de que Joyce le atenderá. Considérese como en su casa.

—Gracias, Mathews. Trato de disimular un poco los desperfectos que me han causado. Luego debo irme enseguida. Comenzaré mi trabajo esta misma noche en la fiesta a la que debo asistir.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos fue Joyce la que estrechó las manos de Cole.

—Lo siento, Ray. Sé que lo has hecho todo por mí...

—No sé. Lo hago por ti, por mí, por todos. Hasta por esos mismos gamberros, a los cuales me gustaría sacar de ese mundo repulsivo en que viven.

—Ellos no tienen toda la culpa... —disculpó Joyce.

—Tal vez tengan menos culpa que nadie. Nacen y se desarrollan en un ambiente viciado, asfixiante, de miseria. Se necesitaría mucha fuerza de voluntad para salir de él...

Joyce tiró de Ray, arrastrándolo hacia el pequeño cuarto de baño.

—Vamos, arréglate lo mejor posible. Me gustaría asistir contigo a esa fiesta...

—Y a mí me agradaría que asistieses. Llegarías a pensar de mí que soy un hombre importante —bromeó Ray.

—Para mí lo eres. Hay dos hombres importantes en mi vida. Mi padre y tú.

—¡Diablos! Eso es casi una declaración de amor.

—En realidad, lo es. Tú no te decides...

Habían entrado en el cuarto de baño. Ray atrajo a la pelirroja, abrazándola estrechamente, besándola de manera apasionada.

—Eres el mejor premio a que podía aspirar, pelirroja. Después de esto ya no duelen los golpes.

★ ★ ★

Cuando Ray despertó a la mañana siguiente tenía un recuerdo muy vago de la fiesta, de las muchas palabras elogiosas que había escuchado, de las promesas de los políticos.

—Aire todo, o casi todo —comentó para sí.

Quedaba más vivo el recuerdo de Joyce... Y el de su pelea contra los pandilleros del grupo de Pellegrini.

—Creo que se llevaron un buen escarmiento...

Ray se levantó. Y antes de dirigirse a la ducha fue en busca del periódico que le habrían dejado ya.

Al salir de la redacción, después de la fiesta, no había entrado en máquina aún. Se aguardaban las últimas noticias. Y Ray estaba lo suficientemente cansado como para no querer esperar.

Había tratado de evitar que se diese la noticia de la pelea que había mantenido con los muchachos de Pellegrini, pero no lo había conseguido. Allí estaba aunque, afortunadamente, muy extractada.

Seguidamente llegó la primera sorpresa. Pequeña, pero sorpresa. La policía había logrado detener al muchacho que había intentado herirle con el cuchillo.

La noticia no le gustó a Ray. El muchacho había salido bastante lastimado de sus manos. Y una vez en el banquillo de los acusados no dejaría de ser eso; un muchacho que no había cumplido los dieciocho años.

«Esto, en manos de un abogado que sepa explotarlo —pensó—, me va a fastidiar bastante; pero no me quedará corto con el abogado si se

pone tonto...»

Hubiera seguido una serie de consideraciones, pero llegó la segunda sorpresa, y como aquella no era ya tan pequeña, reaccionó:

«¡Cáscaras! Unos desconocidos maltratan a June Clayton en el momento en que entraba en su casa después de haber cerrado el establecimiento».

Era una noticia escueta. June Clayton se había negado a hacer declaraciones. Desconocía los motivos de la agresión y no había sido capaz de describir a los tipos que la habían llevado a cabo.

Daban una amplia referencia de la fiesta a la cual había asistido. Afortunadamente no la había hecho él. Y se sintió empalagado por la serie de elogios que el cronista dedicaba a los «hombres importantes» que habían asistido a ella.

Afortunadamente él no estaba entre los considerados «importantes».

—Joyce experimentará una gran desilusión —comentó humorísticamente.

Releyó Ray su artículo dedicado a las pandillas de delincuentes juveniles con las que no podía la policía.

Después de su choque con los muchachos de Pellegrini, lo encontró ponderado.

—No me he excedido. Mejor así; y más, cuando en el mismo periódico va la noticia de la agresión de que me hicieron objeto.

Telefoneó a casa de June calculando que se habría levantado ya. Le respondió Dolly, la doncella mestiza.

—Lo siento, señor Cole. La señora ha dicho que no la molesten. Quedó muy mal...

—Dile que la he llamado para interesarme por su estado. He leído la noticia de lo sucedido...

—Se lo diré, señor Cole...

—Iré a verla esta tarde...

—Está bien, señor Cole, se lo diré. La señora está asustada, muy asustada...

—¿Le han hecho mucho daño?

—Bastante, señor. No sé cómo pudo llegar hasta arriba y abrir la puerta.

—¿No viste nada, Dolly?

—No, señor. Otras noches acompaño a la señora, pero ayer fue mi día de fiesta. Y estaba tan dormida que no oí nada. ¡La golpearon y casi la desnudaron, señor Cole! Le destrozaren la ropa... ¡Un vestido tan bonito!

Pese al tono angustiado empleado por Dolly, Ray estuvo a punto de reír a carcajadas. Se contuvo y dijo:

—La piel también es bonita...

—Sí, señor. Pero la piel tiene compostura y el vestido no la tiene.

Se mostró Dolly tan convencida que Ray hubo de realizar un nuevo esfuerzo para no reír.

—De acuerdo, Dolly. No olvides decir eso a tu señora.

—Sí, señor...

Una vez cortada la comunicación, Ray se sintió perplejo.

—¿Quiénes han sido? Ella los conoce... ¿Por qué no los denuncia? ¿Tanto miedo les tiene...?

Se metió en la ducha, sintiéndose como nuevo una vez hubo salido de ella.

Se vistió e hizo un ligero desayuno, según su costumbre.

Disponíase a salir cuando repiqueteó el timbre del teléfono; tuvo el joven el presentimiento de que se trataba de algo desagradable.

Acudió al aparato y pidió:

—¿Sí?

Le respondió Joyce, con voz angustiada:

—¡Han estado aquí, Ray! ¡Y nos han golpeado!

—¿La gente de Pellegrini?

—¡No! ¡Eran otros!

—¡Voy enseguida para allá...!

—¡No vengas, por favor! ¡Si se enteran de que te he telefoneado, si te ven por aquí, terminarán con nosotros y contigo, nos lo han advertido!

—¿Quieres decir que ellos me temen? —preguntó Ray.

—No estoy muy segura de que sea así; pero quieren aislarnos...

—Necesito verte, que me refieras lo sucedido...

—Ellos me han ordenado que haga mi vida normal, como si no sucediese nada; y me han repetido una y otra vez que tenga cuidado, porque me tienen bien controlada...

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde la escuela de declamación...

—Iré a verte ahí...

—¡No vengas! Estoy segura de que me han seguido, de que esperan abajo... Puede que tú mismo estés vigilado...

—Tienes razón. No iré. Y ya veremos lo que sucede...

Bajó la voz y dijo:

—Sigue hablando como si no sucediese nada y no te preocupes si tardo en responderte...

—¿Qué sucede...?

—No lo sé aún...

Dejó Ray el auricular de forma que no diese la impresión de que la voz salía al vacío, colocando un paño muy cerca de él.

E inmediatamente se desplazó en dirección a la puerta, andando sobre las puntas de los pies.

Abrió repentinamente, sin ruido casi y sorprendió a dos hombres

que se hallaban escuchando, en particular uno de ellos, con el oído pegado casi al ojo de la cerradura.

Atacó Ray sin dar ocasión a que ninguno de los fulanos tomase la iniciativa.

Al que estaba agachado le golpeó en la nuca, de manera precisa, con el canto de la mano.

Se oyó un leve crujido de huesos y el hombre cayó fulminado, sin exhalar el más leve quejido.

El otro desenfundó un cuchillo automático cuya hoja saltó al aire con un leve chasquido.

Pero antes de que pudiera descargar el golpe, saltó Ray de costado y aferró al individuo por la muñeca correspondiente a la mano que empuñaba el arma.

Una violenta torsión obligó al individuo a soltar el cuchillo.

Intentó defenderse el hombre asestando un rodillazo a Ray. Este salió al encuentro del golpe para restarle efectividad y empujó luego a su enemigo, despegándose ligeramente.

E inmediatamente, afianzándose bien sobre ambas piernas, desplazó su puño derecho en un perfecto golpe cruzado que alcanzó a este con terrible fuerza en la barbilla.

Giró el hombre como una peonza al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco y fue a chocar con violencia contra el borde de la barandilla.

El individuo era alto y el cuerpo se le venció hacia afuera.

Braceó en el aire intentando de manera instintiva evitar la terrible caída y por su parte Ray corrió, tratando de sujetarlo antes de que cayese.

Pero ni este se pudo aferrar ni el joven periodista llegó a tiempo.

Se oyó un grito desgarrador y el hombre desapareció por el hueco de la escalera.

Chocó contra la barandilla del piso que seguía y gritó salvajemente.

Se percibió un nuevo choque sin que se produjese grito alguno y tras dos golpes más fue a estrellarse contra el suelo de los bajos.

Asomó Ray a la barandilla.

—Todo inútil. Parece que se ha reventado.

Volvió entonces sobre el otro, el cual yacía inmóvil en el suelo.

—Lo he desnucado...

Oyó voces abajo y se apresuró a entrar en su departamento. Tomó el teléfono para decir a Joyce:

—Me espiaban; pero estos no podrán decir que me has telefonado. Ahora corta la comunicación y ya tendrás noticias mías...

—¿Qué ha sucedido?

—Tranquila, pelirroja. Ya hablaremos. Hasta muy pronto...

Cole dejó descansar el auricular sobre la horquilla y cuando el

sonido del aparato le indicó que la comunicación había quedado cortada, llamó a la policía.

CAPÍTULO V

Dos horas más tarde, el capitán Sherman, que se había hecho cargo del caso, informaba a Ray:

—Ignoramos para quién podían estar trabajando esos dos fulanos. Habían llegado recientemente de Chicago. Aun no hacía una semana que estaban en Nueva York.

—¿Sabe si ha venido más gente con ellos?

—No. Ni siquiera se ha podido saber aún en dónde se hospedaban. Aunque le puedo asegurar que no están en ningún registro.

—Es una verdadera lástima, capitán. Aunque no sea más que por aquello de que: «por el hilo se saca el ovillo»...

—Justo...

—¿Qué hay del muchacho que intentó acuchillarme anoche? —preguntó Ray.

—Se está haciendo el «duro». Y no ha habido medio de sacarle los nombres de sus compañeros de «excursión».

—¿No ha nombrado tampoco a Pellegrini?

—No ha negado que lo conoce. Pero asegura que no tiene relación alguna con él. Nuestro hombrecito ignora, según él, que Pellegrini tenga una banda...

—¿Quién le defiende?

—Un abogado de la oposición. Intachable hasta el momento y hábil. No hemos podido tocar al muchacho... Ni siquiera nos hemos podido exceder en los interrogatorios.

—¿Me ha atacado el abogado?

—No ha llegado a tanto. Pero no dudo que lo hará. Y después del desgraciado suceso de esta mañana lo hará con mayor razón. Se le ha ido la mano, amigo Cole.

—Ya lo sé, pero no podía hacer otra cosa. Eran dos y estaban dispuestos a matarme como lo prueba las armas que llevaban. Yo era uno solo y estaba desarmado...

—Cierto. Pero atacó usted...

—¿Debí haber dejado que me apuñalasen...? Como anoche... ¿Debí haber permitido que ese grupo de jovenzuelos me destrozase...?

—No hay quien comprenda a la gente, Cole. Se desgañitan gritando contra la policía porque no es capaz de cortar la creciente ola de delincuencia juvenil...

—Ya lo sé. Y cuando cae en sus manos uno de esos «angelitos», gritan conmovidos, estremecidos de que se les pueda castigar... ¿Sabe por qué, capitán Sherman?

—No...

—Porque en el fondo todos se sienten un poco culpables del estado de cosas en que vivimos...

—Puede que tenga usted razón... En fin, Cole, tenga cuidado porque intentarán vengar a los unos y a los otros. Y será inútil que le haga las recomendaciones pertinentes. No debe abandonar la ciudad sin autorización mía...

—No pienso ausentarme. Y puede que algún granuja lo sienta sobre sus costillas...

—Por mí parte yo no lo sentiré en absoluto...

Se despidieron los dos hombres.

Una vez en la calle, Ray, por la hora, calculó en dónde podría encontrar a Joyce.

Y fue a reunirse con ella en la clase de pintura y dibujo a la que la atractiva pelirroja asistía a aquella hora.

En lugar de entrar directamente penetró en un edificio contiguo, pasó de una azotea a otra y descendió luego hasta el piso en donde se hallaba la academia. Faltaba muy poco para que terminase la clase.

Joyce se mostró alegremente sorprendida.

—No te esperaba. Sé que tienes dificultades y no pocas —dijo sin poder ocultar su nerviosismo y su temor.

La tomó de las manos tratando de infundirle valor y confianza en sí misma.

—La vida siempre presenta dificultades, pelirrojilla. Pero nosotros las venceremos. A tu lado no temo a nada.

—Lo dices para que yo comience a confiar en mí misma...

—Lo digo porque es así. Y ahora me vas a referir lo que os ha sucedido...

—¿No te habrán visto entrar? Me vigilan de cerca.

—No me han podido ver. Lo hice por un edificio contiguo que tiene la entrada por la otra calle. Y pasé a este por la azotea...

—Eres estupendo. A mí no se me hubiese ocurrido...

—En la vida la práctica ayuda mucho. Y yo he tenido que entrar o salir en más de una ocasión por las azoteas...

—Las mujeres, ¿verdad? Vas a hacer que me sienta celosa.

—Vuelve la página, pelirrojilla. Debes tener confianza en mí. Y vamos a lo que importa. ¿Qué ha sucedido?

—Verás. Sucedió a media mañana, en un momento en que no teníamos público. Te he dicho que a primera hora ayudo a mí padre en el «drugstore»...

—Sí...

—En la primera hora hay una avalancha de público. Luego solemos quedar solos cosa de veinte o treinta minutos, aun cuando entra algún cliente aislado. Y luego vuelve a haber bastante movimiento sin llegar a

ser el de primera hora...

—Es lo corriente de cada día, ¿no?

—Sí, con ligeras variantes. Pues ellos entraron en ese momento de claro que tenemos cada mañana. Es como si nos hubiesen estado espiando días y días.

—No te quepa la menor duda que lo han hecho y conocen ya el movimiento de la casa. ¿Cuántos eran?

—Primero entró uno solo. Era un hombrecillo de menos que mediana estatura, ligeramente encorvado y algo cojo...

—¿Edad?

—Algo indefinible. Tal vez cincuenta años, acaso alguno más. Piel pálida, fina, amarillenta casi. Usa barba y bigote que casi le cubren la boca. Va tocado con sombrero de alas bastante anchas y usaba también grandes gafas oscuras...

—Es decir, iba como si usase disfraz...

—La voz era fina y algo cascada y daba la impresión de que tanto las manos como el labio inferior le temblaban al hablar.

—¿Color del pelo?

—Entre castaño y rojizo. Me refiero, a la barba particularmente. Y tiene ya bastantes canas. Sin embargo, por la piel del rostro, bastante tersa, parecía más joven.

—¿Modales?

—Extremadamente correcto. Casi resultaba untuoso...

—Adelante.

—Se inclinó ligeramente ante mí cuando entró y luego se dirigió a mí padre, para decirle: «Buenos días, señor Mathews. ¿Qué tal los negocios?»

La joven hizo una pausa para proseguir:

—Mi padre es algo brusco y parecía intuir algo en el fulano. Respondió secamente: «No me quejo. ¿Qué le trae por aquí? Le agradeceré que sea breve».

—«Seré breve —respondió el fulano—. Le voy a colocar aquí un par de preciosos juegos que adornarán mucho. Y permitirán que sus clientes se entretengan mientras aguardan a que usted les pueda atender...»

La joven prosiguió:

—Faltó poco para que mi padre le pegase. Pero fue capaz de contenerse, aunque se mostró firme al responder: «Este es un establecimiento decente y no quiero engañifas ni máquinas «tragaperras» en él. Así es que ahí tiene la puerta, hermano. Cuanto antes se largue, mejor...»

—No se largó, naturalmente...

—Ni se fue ni mostró la menor inquietud Sonrió burlonamente y dijo con energía que parecía impropia de su cuerpo más bien

debilucho: «Tendrá máquinas «tragaperras», Mathews. Para usted será el diez por ciento de lo que se recaude. Pero le descontaremos la mitad de eso y con ello tendrá su establecimiento «asegurado» contra roturas o violencias como la que le sucedió ayer, por ejemplo...»

—Y ahí tu padre saltó y no se pudo aguantar...

—Justamente. Tomó al viejo por la ropa, lo zarandeó y le gritó: «¿Amenazas a mí? Largo de aquí o lo entrego a la policía después de darle un buen vapuleo, granuja».

Tras breve pausa, prosiguió Joyce su relato, diciendo:

—Entonces entraron dos hombres mientras otros dos quedaban a la puerta en plan de vigilar. Uno de ellos sacó un cuchillo automático mientras el otro señaló en uno de sus bolsillos el bulto de una pistola.

»—¡Un momento, señor Mathews! Suelte al viejo o tendré que enseñarle yo el respeto que se debe a la «ancianidad» —dijo el de la pistola.

»—¡Sucias cucarachas...! Lárguense antes de que pierda la paciencia... —dijo mi padre.

»—El conservar el pellejo bien vale tener ahí esas máquinas, Mathews —dijo el de la pistola en plan amenazador—. Tendrá nuestras máquinas, pero sin diez y sin cinco por ciento. Le bastará nuestra protección. Y a cerrar el pico se ha dicho, ¿entendido?

Con voz más angustiada cada vez, prosiguió Joyce:

—El de la pistola saltó sobre mi padre y lo abofeteó de manera bestial, sujetándolo con una mano mientras empleaba la otra a derecho y revés. El del cuchillo me sujetó a mí con una mano y me apoyó la punta del arma en un costado. Después me dijo: «Quieta, pelirroja. Eres muy linda y aún podríamos llevarte a dar un agradable paseo... Es algo que sucederá si alguien hace tonterías...»

—¡Menudos granujas...! —exclamó Ray.

—Peligrosos granujas. Yo diría que dos de ellos hubiesen disfrutado matando...

—No me extrañaría. En el fondo de cada malvado de esos hay un sádico —señaló el joven periodista.

—Después de aquello siguieron todas las órdenes y recomendaciones de que te he hablado.

—Parece que antes de actuar contra vosotros han estudiado bien vuestras costumbres y amistades. Cada vez perfeccionan más estos granujas sus métodos de trabajo...

—Ahora ya sabes cómo están nuestras cosas...

—¿Qué piensa hacer tu padre? —preguntó Ray.

—Él quería acudir a la policía. Yo le he hecho desistir por el momento. Sin embargo, estoy segura de que no se resignará. Y temo que cometa una barbaridad irreparable.

—Si vale mi consejo, dile que admita las máquinas. Y luego que

recomiende a los clientes, sobre todo a los que no le van a traicionar, que no las usen.

—Esa gentuza exige un mínimo mensual de recaudación. Mil dólares. Si no se recaudan los tendrá que pagar mi padre...

—Cuando llegue el momento de pagar, ya hablaremos. ¿Exigen algo por la colocación de las máquinas?

—Por el momento no han dicho nada. Pero no me extrañaría que lo hicieran al llevarlas...

—En ese caso dile a tu padre que debe ganar tiempo... ¿Ni rastros de Pellegrini?

—Ni rastros. Fuera de la mención que esos granujas hicieron del incidente de la tarde anterior.

—Sin embargo, no los perderé de vista. Tal vez trabajen aisladamente. Pero podría ser que lo hiciesen de común acuerdo. El incidente de ayer fue el aviso que abrió el terreno a los de hoy.

—¿Qué te ha sucedido a ti? Hoy no he acertado una. He vivido el día más difícil de mi vida.

—Estaban espionando. Posiblemente querían saber si comunicabas conmigo. Y yo di duro, tan duro que no podrán chivarse a sus jefes.

—¿Los has matado?

—A los dos...

Ray hizo un sucinto relato de la breve, pero dura lucha.

—Ahora querrán vengarse de ti...

—Es de suponer. Pero te aseguro que no seré una presa fácil. Y ahora me voy por dónde he venido. Es conveniente que tú sigas el camino normal, tal como ellos te lo han señalado. ¿Vas armada?

—No.

—Te enviaré una pistola...

—No tendría valor para emplearla.

—Debes tenerlo si llega el caso de que intentasen secuestrarte. Tira a dar, créeme. De lo contrario te podría suceder algo que sería peor aún que la muerte. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Nada más, no quiero entretenerte. Si tardas en salir, sospecharían...

—¿No te habrán seguido a ti?

—Por el momento, no. Al liquidar a esos dos fulanos he escapado a su control, aunque no será por mucho tiempo...

Estrechó Ray fuertemente las manos de la pelirroja, como para comunicarle el ánimo que a él le sobraba.

—Confía en mí. Terminaremos pronto con la pesadilla.

—¿Qué sucedió en la fiesta de anoche?

—Lo de siempre. Mucha palabrería. Salvo excepciones, no se quiere abordar en serio el problema que nos preocupa. Unos porque carecen

de valor, otros porque van muy a gusto tal como están las cosas. Si llegase a imponerse el orden realmente, habría más de uno que dejaría de percibir los enormes beneficios que obtiene ahora.

Dio Ray una palmada a la atractiva pelirroja, la cual dio un respingo. Rio el joven periodista de buena gana al ver el gesto de ella y echó a andar a la vez que decía:

—¡Sonríe, pelirrojilla! Hay que ser optimistas. Cuando se pone el corazón en la lucha, se vence siempre...

Cuando Ray se disponía a llamar a la puerta del pequeño pero lujoso apartamento que ocupaba June Clayton, oyó que ella cantaba alegremente.

Al llamar el joven cesó ella de hacerlo. Y muy poco después se dio cuenta de que alguien atisbaba por la mirilla de la puerta.

Le parecieron los ojos claros, luminosos, de la rubia June.

Sin embargo cuando le abrieron poco después se encontró con la sonrisa un tanto tímida de Dolly, la doncella mestiza.

—¿Qué tal, Dolly?

—Buenas tardes, señor Cole. Estoy estupendamente...

—Eso salta a la vista —interrumpió Ray a la mestiza, de espléndida figura.

Ella bajó la mirada tímidamente; y respondió:

—Gracias, señor Cole. Espero que usted esté bien de salud también.

—Por ese lado va todo bien, gracias. ¿Quieres decir a la señora que estoy aquí?

—Sí, señor.

—¿Qué tal se encuentra ella?

—¡Oh, señor Cole! Le hicieron mucho daño, mucho daño. Gente mala, ¿sabe? En el mundo hay mucha gente mala...

—De acuerdo...

Dolly había tomado de manos de Ray el sombrero y la gabardina los cuales dejó adecuadamente, le señaló un asiento y dirigiéndole una sonrisa caminó hacia dentro.

Se contoneó graciosamente al andar, quedando de relieve el maravilloso atractivo de su figura, cubierta solamente con la ropa precisa.

La calefacción mantenía la casa a buena temperatura, justificando plenamente que la mestiza fuese como iba.

Salió a poco Dolly, la cual invitó a Ray a pasar al gabinete en donde se encontraba June.

Cuando entró en él vio a la sugestiva rubia tendida de manera un tanto teatral en una especie de cama turca, con la cabeza bastante alta

gracias a unos almohadones.

Estaba tapada hasta la cintura, el rostro ofrecía bastantes señales de violencia y sobre la frente mantenía una bolsa con hielo.

El gabinete estaba escaso de luz y todo contribuía a dar un aspecto de triste angustia a June Clayton.

Ray hubo de realizar un esfuerzo para no romper a reír a carcajadas.

Se volvió para mirar a la mestiza, pero esta, a un gesto de su ama, se retiraba ya discretamente.

CAPÍTULO VI

—Buenas tardes, June. ¿Qué ha sucedido? —preguntó Ray una vez hubo logrado dominarse.

Compuso la rubia un gesto angustiado, se destapó y dijo:

—¡Ha sido algo terrible! ¡Me atacaron! No debieras haber venido...

—¿Por qué? ¿No somos amigos?

—Bien sabes que eres el único hombre al que he querido de verdad. Y te quiero aún, Ray. Ven, siéntate aquí; pero no me hagas preguntas.

—Si me dices lo que ha sucedido, no te haré preguntas...

—¡Me atacaron! ¡Y ya ves cómo me han puesto!

Descubrió una de sus piernas hasta más de medio muslo, enseñando a Ray las señales de los golpes recibidos.

Iba a destaparse más aún, pero Ray lo evitó no sin cierta gracia, diciendo:

—Ya está claro. Con eso y la cara es más que suficiente...

—¡Quiero que lo veas bien, que conozcas bien el salvajismo de esa gente!

—Como quieras. Aunque a pesar de esas señales tus encantos son como para hacer perder la cabeza a cualquiera. Y yo la necesito bien firme.

Habló en tonillo levemente irónico.

Y June se cubrió de manera brusca, adoptando una posición que ella consideró digna.

—Vete, Ray. Eres peor que esos salvajes que me atacaron. Jamás me has tomado en serio.

—No lo creas, rubia. Te he tomado en serio siempre y en estos momentos con mayor motivo... ¿Cómo sucedió la cosa?

—¿Es que no has leído la Prensa?

—Sí.

—¡Pues ya lo sabes! Tal como he dicho allí.

—También has dicho que no conocías a los agresores y eso no es cierto. Los conoces...

—¡Te aseguro que la gente de Pellegrini no ha tenido nada que ver en esta cuestión!

—Te creo. Esas ratas no se atreven a salir de su barrio. Ellos te hubiesen atacado allí; pero al mismo tiempo temen verse comprometidos.

June respiró con expresión de alivio y dijo:

—Menos mal que tú me crees. La policía piensa que son ellos. Se enteraron de que estuvieron anoche en mi establecimiento. Y alguien

debió oír algo y fue con el soplo...

—¿Quiénes fueron? —preguntó Ray dando a entender a la rubia que no estaba dispuesto a dejarse envolver en un exceso de palabras.

Ella pareció sorprendida. Y se apresuró a responder:

—Te aseguro que no lo sé. Los he visto por primera vez...

—Describemelos...

—¿Crees que tuve ocasión de verlos? Me atacaron por la espalda, me derribaron, me golpearon de manera bestial... ¡Y faltó poco para que abusaran de mí! Creo que no lo hicieron porque me desmayé... Pero me destrozaron la ropa...

—Concretemos. ¿Cuáles han sido las causas de que te atacasen?

—¿Crees que me lo dijeron? Me atacaron y basta...

—Resulta difícil de tragar...

—¿Crees que estoy mintiendo? —preguntó June indignada.

—Sí. Y no puedo censurarte puesto que yo estoy metiéndome en algo que no me importa. Lo siento...

Inició el joven un movimiento para marcharse; pero June lo tomó de ambas manos, reteniéndolo primero y obligándolo después a sentarse de nuevo.

—Ven aquí. Sigues teniendo un carácter imposible. Ya te has enfadado...

—Donde no hay confianza hacia mí, estoy de sobra...

—Verás, Ray. Ya sabes que de estas cosas es mejor no hablar. Si se enteran de que lo he hecho, me matarán...

—Tienes gente de sobra que te protegerá... Yo mismo lo haré si te sinceras conmigo.

—No sé gran cosa, esa es la verdad. No los pude ver. Me zurraron y me amenazaron en el caso de que hablase...

Habló la rubia un tanto aturdidamente y por su parte Ray le dio la impresión de que la escuchaba por cortesía, pero sin hacer caso a lo que decía.

Ella prosiguió diciendo un tanto nerviosamente:

—Tengo enemigos. Unos porque me deben dinero y no me pagan; les gustaría librarse de mí.

—Esos te hubiesen matado y ya no habría deuda...

—Han querido intimidarme, simplemente. Ellos saben que yo tengo recibos y si yo muriese saldría todo a relucir. Y la policía podría pensar en ellos...

—Nada convincente, rubia. Me voy...

—¡No seas testarudo! Debes creerme... También hay gente despechada, algunos que están enamorados de mí y no me han conseguido...

—Y los que te tienen envidia porque has triunfado. Me refiero a tus rivales en negocio...

—¡Eso es! No había pensado en ellos.

Volvió a levantarse Ray, diciendo:

—Sigues mintiendo. Me largo porque de quedarme a tu lado terminaré por romperte la cabeza...

June gritó excitada:

—¡Continúas siendo el mismo bestia de siempre!

—No me gusta pasar por tonto...

—Está bien. Te lo diré. Y si me matan tú habrás tenido la culpa...

—A menos que haya alguien escondido por ahí, escuchando, nadie tiene por qué saber nada...

June saltó de la cama y caminó descalza hasta la puerta, atisbando desde ella para asegurarse de que Dolly no estaba escuchando.

Luego volvió hasta donde estaba Ray y le dijo:

—Es una buena chica; pero no puedo fiarme ni siquiera de ella...

—¿Qué sucede? —preguntó Ray.

Bajó June la voz y dijo con palabras quebradas por la angustia:

—¡Me obligan a que ponga en mi establecimiento máquinas «tragaperras»! ¿Sabes lo que supone eso ahora para mí?

—Tengo una idea aproximada...

—Tú conoces bien mi historia. He llegado a ser, no digamos que una dama, pero hoy soy una persona decente. Eso es anular todo o casi todo lo que he logrado.

—Te comprendo. Y yo veo una solución...

—¿Crees que la hay? —preguntó con aparente alegría la rubia.

—Seguro. ¡Luchar!

—Luchar... ¿Es que te has vuelto loco? Me lo destrozarían todo... ¿Y crees que me he encontrado la piel tirada en medio de la calle?

—En ese caso haz lo que te venga en gana. Siento haberte molestado...

—¡No me has molestado! Me alegro de que hayas venido a verme. Pero por el momento no puedo hacer otra cosa...

—¿Así pues, no quieres que intervenga en la cuestión?

—¡No, por favor! Me han avisado. Si lo hace alguien, me matarán. Tú eres hombre y sabes defenderte, pero yo estoy vendida...

—Como quieras, rubia. Si me necesitas, ya sabes en dónde estoy...

—¿Qué sucedió anoche con los muchachos de Pellegrini? —preguntó a su vez la rubia.

—Nada de particular. Quisieron gastarme una broma y salieron escaldados. ¿Fueron ellos los que te zurraron a ti?

—¡No hablemos más de eso...!

—Está bien... Quedamos en que no te molesto más.

La rubia pareció arrepentirse cuando vio que Ray se marchaba y lo llamó.

—Sé que estás interesado en la cuestión y supongo que no es por

mí. Quiero ayudarte en lo que pueda...

—Estoy interesado por ti, por mí y por todos...

—El que dirigía el grupo era un hombre mayor ya, menudo... Podría tener unos cincuenta años. Los otros eran jóvenes y fuertes, gente malvada, avezada a golpear... No puedo asegurártelo, pero puede que fuesen de la banda de Memmo...

Antes de que Ray pudiese decir nada, varió de actitud la rubia y dijo con voz fuerte:

—¡Y ahora, vete! No quiero verte... Me has hecho hablar más de la cuenta. Además, no has venido por mí ni yo te importo nada... ¡Lárgate!

Ray no mostró el menor desconcierto. Sonrió burlón y respondió suavemente:

—Creo que has equivocado el camino. En Broadway tendrías un gran éxito, sí, señor... ¡Hasta nunca, rubia!

Tras su despedida salió sin volver la cabeza atrás.

La mestiza acudió silenciosa para abrirle la puerta y Ray, tras hacerle una caricia en la barbilla, le regaló cinco dólares.

—Para que te diviertas en tu próxima salida.

—Gracias, señor Cole...

★ ★ ★

No más de media hora después, Ray Cole se hallaba en el departamento de ficheros del «Federal Bureau of Investigation».

Le atendió uno de los mejores especialistas del departamento, el joven teniente Jack Locksley, con el cual le unía una buena amistad.

—¿Qué te trae por aquí? —fue el saludo de Locksley, el cual estrechó afectuosamente la mano que Cole le tendió.

—Necesito localizar a un fulano...

—¿De la banda del tal Pellegrini? Esos, por el momento, se salen de nuestra organización...

—No se trata de la gente de Pellegrini. Me está dando el tufo de que esos estúpidos gamberritos son como una cortina de humo hábilmente manejada por alguien para impedir que veamos la verdad.

—Dame algún dato de tu hombre, que me pueda servir para localizarlo.

—Se trata de un fulano menudo, que usa barba y cuya edad oscila entre los cincuenta y los sesenta...

—¿Especialidad...? —preguntó Locksley—. Ya sabes que cada cual tiene su campo de acción, su «especialidad», valga la palabra.

—El mío se dedica por el momento a las máquinas «tragaperras»...

—¿Es que vuelve a comenzar esa plaga?

—Sí. Y lo de menos es que salgan nuevamente máquinas de esa

clase. Lo peor es la forma en que tratan de imponerlas...

—Ya me lo imagino. Lo de siempre, ¿verdad?

—Justamente. Con ligeras variantes, lo de siempre...

—Si no se permitiera el funcionamiento de esas máquinas, dejaría de existir el problema —rezongó Locksley.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero parece que hay que proteger la «industria nacional». ¿Y qué dirían los industriales que las hacen si se les impidiese tal fabricación? —preguntó Cole con marcada ironía.

—Te aseguro que me tendría sin cuidado lo que pudiesen decir. Que fabriquen automóviles, o lavadoras o máquinas de coser...

—En todo eso hay demasiada competencia...

—Tienes razón. ¿Para qué vamos a perder el tiempo discutiendo la cuestión? Mientras los «gangsters» puedan decidir en las elecciones, tendremos cosas de estas...

—Me gustaría saber realmente en dónde empiezan y en dónde terminan los «gangsters» —señaló a su vez Ray.

—Difícil de saber. Hay industriales, hombres de negocios, incluso hombres de carrera metidos en la política, que son auténticos «gangsters»...

Tras su respuesta hizo funcionar Locksley unos perfectos mecanismos automáticos y poco después tenía en sus manos hasta una docena de fichas correspondientes a otros tantos delincuentes.

—Aunque el asunto de las máquinas «tragaperras» no nos incumbe, como esa gente que las maneja es raro que no haya estado alguna vez unida a un delito de tipo federal, espero que tu hombre esté aquí...

Locksley, a medida que hablaba, fue tendiendo una tras otra a Cole las fichas que habían sido seleccionadas.

El policía federal, a medida que las iba entregando, siguió diciendo:

—Debes tener en cuenta que nuestro hombre tal vez no usaba barba en la época en que fue fichado. Y también que pueden haber transcurrido algunos años desde entonces, lo cual significa que habrá experimentado un cambio bastante notable en su físico.

—Ya he pensado tener en cuenta todo eso. Gracias de todas maneras —respondió el joven Cole.

—Harías un buen policía. ¿Por qué no dejas el periodismo y te pasas oficialmente a nuestras filas? Necesitamos gente honesta y entusiasta.

—Me gusta el periodismo... Y si me pasara a vuestras filas no podría atenderlo a mí gusto...

Mientras hablaba, Cole iba examinando detenidamente las fichas que el teniente Locksley le había entregado.

Siguió diciendo:

—Además, como policía profesional, tendría que actuar en los servicios que se me encomendasen. Así solo actúo en aquellos que me

interesan.

Preseleccionó cuatro fichas y luego separó dos, cuyos datos relejó una y otra vez.

Y finalmente destacó una, diciendo:

—Me quedo con este...

Locksley tomó la ficha y leyó:

—Clen Turpin... Sí, creo que ese puede ser tu hombre. Reside en Nueva York y aparentemente está retirado de toda actividad delictiva. Según los últimos informes, vive pobremente...

—¿Ese otro? —preguntó Ray aludiendo a la otra ficha.

—¿Goldwyn? Reside en Los Ángeles y me temo que esté liado en un asunto de drogas prohibidas.

—Peor para él. Así, pues, me quedo con este. Clen Turpin...

—Como verás, la foto data de hace dieciocho años, es decir, él tenía treinta y seis. Ahora tendrá cincuenta y cuatro. Y tal como yo imaginaba, no llevaba barba y sí un ligero bigote.

—¿Podría conseguir fotografías?

—Pueden hacerte una ampliada de esa misma, la que figura de frente en el fichero.

—Que me hagan varias de las tres. Que las hagan con papel mate y que no las retoquen. Ya me encargaré yo de ello.

—Comprendo. Intentas dibujar sobre ellas reconstruyendo lo que puede ser su aspecto de hoy según la descripción que te han hecho.

—Justamente...

Locksley llamó a un funcionario del departamento fotográfico y le hizo el encargo.

—Antes de media hora lo pueden tener. Si el señor Cole quiere aguardar se las podrá llevar ya.

—De acuerdo. Aguardaré.

Media hora más tarde salía Ray de la oficina con unas reconstrucciones bastante aceptables de lo que podía ser el físico de Clen Turpin en aquellos días.

CAPÍTULO VII

Una escalera bastante tortuosa condujo a Ray hasta el piso en que según los informes de la policía, residía Clen Turpin.

Cuando le abrieron Ray pensó que el ser que tenía ante él resultaba feo aun mirándolo como a un «bulldog».

Pero los «bulldog» normalmente no usaban faldas y Ray hubo de pensar que se hallaba ante una mujer.

El joven se quitó el sombrero y saludó:

—Buenas tardes, señora. Soy abogado y me dedico a cuestiones de herencias. Busco a un tal Clen Turpin...

Los ojos diminutos de la mujer, bastante obesa, brillaron con expresión en donde se mezclaban la ira y la malicia.

—¿Herencia y Clen Turpin? ¿Cree que es fácil tomarme el pelo? ¡Lárguese ya con su cuento!

—Necesito verlo...

—Hace meses que ese fulano se largó dejándome a deber cinco semanas...

—¿Cinco semanas dice? Eso tiene fácil arreglo. Como le debo entregar a él una cantidad que no está mal, puedo descontarle a él lo que le debe y pagárselo a usted...

En la mirada de la mujer brillaron la malignidad y la avaricia.

—La verdad es que le he dicho chico semanas por decir. Son siete, casi ocho...

La mujer habló en voz más baja, casi untuosa.

—Es igual. Aún le sobrará algo a él... —señaló el visitante.

—Pase, por favor... Si no hace ruido, mejor. Tengo ahí otro huésped y podría despertarse. También es un vago de esos que se divierten por la noche, duermen por el día y no trabajan jamás. Me gustaría saber de dónde sacan la pasta... Aunque este tampoco me paga.

—Pues por ese no le puedo pagar a menos que tenga otra herencia y sea yo el encargado de gestionarla.

—Con que me pague lo de Turpin me conformo... A cinco dólares diarios, pongamos solamente siete semanas... Son cuarenta y nueve días. Podemos redondear. Que sean cincuenta días a cinco «pavos»...

—Doscientos cincuenta... —resolvió Ray.

—¿Le alcanza la herencia para tanto? —preguntó la mujer.

—¡Naturalmente que sí! Y aún le sobrará para comprarse cigarrillos y brindar a la salud de su buena tía la de Texas...

—¿Y usted me dará el dinero ahora? —preguntó la mujer.

—Naturalmente que sí. Bastará con que usted firme que lo ha

recibido en pago de lo que Clen Turpin le adeudaba. Estoy autorizado para pagar sus deudas. Parece que su tía lo conocía y lo dejó concreto en el testamento.

—Esa señora era magnífica, una verdadera dama, sí, señor.

—¿Así pues son doscientos cincuenta «pavos» los que debo de darle por la deuda de Clen Turpin? —preguntó Cole levantando la voz ligeramente por encima de lo normal.

—Así es, redondeando; pero por favor, hable más bajo. Mi huésped...

La mujer dirigió una mirada de codicia a la cartera que Ray había sacado.

Y en aquel mismo momento se abrió una puerta hacia la que la dueña de la casa había mirado en diversas ocasiones.

En el vano de la puerta apareció una figura menuda, de movimientos ágiles y que por la descripción y las fotografías, Ray reconoció como la de Clen Turpin.

—Un momento, señora Williers. No le adeudo siete semanas, sino dos y media. Y salimos a cuatro dólares diarios y no a cinco...

La mujer se revolvió como si le hubiese picado un aguijón y respondió colérica:

—¡Me debe usted bastante más que todo eso, Clen Turpin! A no ser por mí habría muerto como un perro. ¿Eso no vale nada?

—Soy yo quien tiene que tasar mi piel y si me parece, ya se lo pagaré, bruja, más que bruja. Por menos de lo que usted hace quemaban antes a la gente.

—¡Perro desagradecido! ¡O me paga hoy mismo todo lo que me debe o se larga!

—¿Habrás visto, llamarme perro a mí? ¿Es que no se ha mirado nunca a un espejo?

La mujer tomó una silla y la hubiese lanzado a la cabeza de Clen a no haber intervenido rápidamente el joven Cole.

—¡Un momento! Creo que hacen mal en reñir. Como espectáculo no resulta grato. Y una riña no resultará beneficiosa para nadie. Excútese con la señora Williers, Turpin. A fin de cuentas es ella quien le alimenta y le cuida...

—A mi peor enemigo no le deseo mayor castigo que estar en esta casa...

—¡Pues lárguese, que yo no le llamé, Clen Turpin!

—¿Vamos a dejarlo? —preguntó el joven.

—Está bien. ¿Qué hay de la herencia? —preguntó Turpin.

—Vamos a tomar una cerveza y hablaremos, Turpin —respondió el joven.

—¿Es que yo no voy a cobrar? —gruñó la señora Williers.

El rostro de Turpin expresó recelo. Preguntó a Ray:

—¿Cómo se llamaba esa tía mía de Texas?

La señora Williers comenzó a sospechar que sucedía algo que se salía de lo normal. Por su parte Cole respondió mirando fijamente a Turpin para tratar de captar el efecto que su respuesta causaba al hombrecillo:

—June Clayton...

El rostro de Turpin fue la máscara de la más absoluta inexpresividad. Y respondió como un perro que gruñe porque otro le disputa la posesión de un hueso:

—No conozco para nada a esa socia. Lárguese y déjeme tranquilo, polizonte. Vivo honradamente y no tiene derecho a molestarme.

—He oído esa misma cantinela a otros antes que a usted, Turpin. Y algunos de ellos terminaron tostados en la silla eléctrica. ¿Vamos a tomar juntos esa cerveza, como dos buenos amigos?

—¡No quiero nada con la «bofia», ya lo sabe!

—Yo no soy de la «bofia», Clen. Soy un buen amigo de June Clayton.

—¡No sé nada de «la Ganzúa» ni de nadie!

—Estás faltando a la verdad. Estás trabajando en la demarcación de la banda de Pellegrini con tus malditas máquinas tragaperras. Y aunque ella no ha querido denunciarte, tú capitaneabas anoche a la gente que zurró a June. Y June es amiga mía.

—¡No es verdad! La «bofia» me vigila continuamente y sabe que no hago ningún trabajo...

—¿Vives de tus rentas? —preguntó irónicamente Ray—. ¿O es que te dedicas a pasar ciegos y señoras ancianas de una acera a otra?

—¿Cree que viviría así si trabajase? —preguntó Turpin abarcando con él ademán la sordidez de que se veía rodeado.

Señaló luego a la señora Williers y volvió a preguntar:

—¿Cree que la aguantaría a ella si pudiese disponer de billetes de los grandes?

Ray posó su mano izquierda sobre el hombro derecho de Turpin, en el cual ejerció dura presión.

—Escuche, viejo; de mí no se burla usted ni los gorilas que le acompañaban cuando le zurraron a la rubia. Y parece que no ha sido ella la única que ha llevado leña...

—¡Si «la Ganzúa» le ha dicho que he sido yo, ha mentido! Hace años que no me puede tragar porque en cierta ocasión le estropeé uno de sus sucios negocios. Y ahora se aprovecha para vengarse...

Ray pensó que lo que decía Turpin podía ser verdad en parte y se apaciguó un tanto.

—Bien. Vamos a beber esa cerveza. Charlaremos un rato.

—¿Y mi dinero? —preguntó la señora Williers.

—Puede conformarse con diez dólares de momento. Tal vez Turpin

trabaje en adelante y le pague...

—Casi me conformaría con perderlo de vista. Y vengan esos diez «pavos»...

Ray entregó a la mujer el dinero. Lo tomó ella, haciéndolo desaparecer con rapidez en uno de sus bolsillos.

Seguidamente se dirigió a Turpin para decirle:

—¡No vuelvas si no es con el dinero para pagar todo lo que me debes! Y si después no quieres volver a aparecer, mejor para mí...

Una vez en la calle lamentó Turpin:

—¿Cree que hay ser humano que pueda aguantar «eso»? Es preferible volver a una prisión...

—Estamos de acuerdo. Y tal vez por librarte de esta Vida has vuelto a tu «trabajo»...

—Le aseguro que no hay nada de nada...

Los dos hombres entraron en un bar restaurante, situándose en uno de los extremos de la barra.

—Puedes pedir lo que quieras —dijo Ray al advertir la mirada que Turpin dirigió a los bocadillos.

—¿A cambio de qué? —preguntó receloso el delincuente.

—A cambio de nada. No tiene nada que ver eso con lo que vamos a hablar. Si quieres me respondes y si no quieres, allá tú. Tal vez cuando menos lo pienses sientas que te clavan un cuchillo en la espalda.

—¿Por qué me lo han de clavar?

—No te hagas el inocente. Es a ti a quién se ve moverse por ahí. Y Pellegrini no es de los que aguantan que le pisen el terreno...

—Yo no hago nada. Se lo aseguro. Ya sé que esa zorra plateada de «La Ganzúa» no lo va a creer...

—Supongamos que yo te creo. Tú no tienes nada que ver con el asunto; pero tienes que conocer a esos gorilas y al fulano que se hace pasar por ti... Se trata de tu especialidad y aunque vivas retirado del trabajo sabes bien quiénes son los que se mueven en él.

—Aunque no lo crea, no conozco a nadie, pero aunque los conociera, no hablaría. Me he retirado, pero no soy un soplón...

—De acuerdo. Come y bebe tranquilo. Y allá tú con lo que te pueda venir encima. La «poli» anda a la caza de los fulanos que están realizando el trabajo. Yo me he adelantado porque me interesa...

—Pues lo siento...

—Sin embargo, ya que no conoces a nadie, bueno es que sepas las señas personales de los fulanos que acompañan a tu doble. Y también las de otros dos que dejé tendidos cuando intentaron suprimirme. Te aseguro que no se andan con bromas.

Ray dio a Turpin las señas de los individuos que habían estado en la tienda de Mathews y las de los que le habían atacado a él.

Mientras hablaba no dejaba de observar a Turpin, el cual comía con

avidez, sin mirar una sola vez al joven.

Cuando hubo terminado Turpin, pidió Ray la cuenta y pagó.

Seguidamente se despidió del hombrecillo al cual dio sus señas, diciéndole al despedirse:

—Si cambias de parecer o me necesitas, ya sabes en dónde puedes encontrarme...

CAPÍTULO VIII

Mina Rossi no había renegado de su ascendencia italiana. Sin embargo había suprimido la última letra de su apellido, el cual quedaba americanizado.

Así, para todos era Mina Ross. Al menos era lo que ella pretendía. Pero cuando se referían a ella sus amigos la designaban con el nombre de «Young Al Capone».

Si les recordaba al tristemente célebre «gangster» no era precisamente por su parecido físico con él, sino más bien por sus ambiciones y su manera de actuar.

Mina Rossi se repartía su preponderancia con su asociada June Clayton de la que en muchas ocasiones había sido compañera de aventuras.

Como June, tenía un establecimiento, una pretendida «sala de fiestas», que servía de tapadera a actividades que de haber sido descubiertas por la policía habrían dado con los huesos de Mina en la cárcel, cosa nada nueva para ella.

Los establecimientos de Mina y de June eran los únicos de su clase que habían podido prosperar en el barrio.

Otros se habían establecido, pero siempre les había sucedido algo que los había llevado a la ruina o que les había obligado a cerrar.

Jamás se había visto actuar ni a June ni a Mina en las violencias que se habían producido, así como tampoco a los pandilleros de ambas, conocidos todos ellos.

Mina no se hallaba aquella noche de buen humor. La sala, a pesar de las atracciones que se exhibían en ella, no estaba Concurrida.

En cuanto al negocio de las máquinas «tragaperras» encontraba más resistencia de la que habían podido esperar. A pesar de que habían logrado colocar bastantes en muchos de los establecimientos del barrio que intentaban dominar.

El local de Mina estaba bien montado y en su puerta había un atlético portero uniformado de verde oscuro cuajado de relucientes dorados.

Con Mina, en un salón en donde se reunía ella con sus amigos, se hallaban su segundo Mike Cooper y «Pies Planos», otro de sus hombres de confianza.

Mina tenía instaladas máquinas «tragaperras» en su establecimiento. Su explicación había sido sencilla: No quería complicaciones y los de las máquinas «tragaperras» las buscaban a quién fuese cuando no se lograba su colaboración.

—Muchachos —dijo Mina dirigiéndose a sus dos compinches—. Tenemos que animar esto.

—¿Y qué más podemos hacer? Como no se desnuden las chicas a la puerta de la sala... Y eso traería sus complicaciones con la «bofia», ¿no crees? —señaló Mike.

—Tu madre te dio una cara de bruto que no puedes con ella, Mike; pero se quedó corta aún.

—Todos no tienen tu suerte, «Al Capone». Llevas dentro bestialidad como para llenar siete fulanos como yo. Y sin embargo cualquiera que no te conociese te tomaría por un ángel.

—¿Ya has soltado todo el veneno que llevas dentro, Mike? —preguntó Mina dando la impresión de que no le habían molestado las palabras de Mike.

El «gangster» respondió con un gruñido.

—Sé lo que te pasa, Mike; pero una hace de su cuerpo lo que le da la gana, ¿está claro? Y tú ya estás pasado de moda...

Con tales palabras daba por zanjado el asunto. Y ella siguió:

—Hay que traer gente aunque sea a la fuerza. A Nueva York viene gente de todo el mundo. Hay que traerla...

—¿A la fuerza? —preguntó Mike.

—¿Y por qué no? Cuando se huele a Manos de esos que vienen a divertirse cargados de pasta, se les monta en un auto y se les trae. Una vez aquí dentro olvidarán que han venido un poco a la fuerza.

«Pies Planos» intervino conciliador, diciendo:

—No creo necesario hacer eso. Se dedican unas chicas a trabajar en las estaciones y el centró de Broadway y ellas traerán más gente de la que pueda caber aquí...

—Con tal de que no nos traigan alguno de la «bofia» —indicó Mike.

—Ellas conocen a los de la «bofia». Los huelen de lejos. Si me dejáis escoger a mí... Y yo andaré cerca de ellas por si acaso —propuso «Pies Planos».

—Lo que pretendes es divertirte sin arriesgar en lo otro —respondió acremente Mike.

—Se hará lo que yo diga, Mike —atajó Mina—. Y la idea de «Pies Planos» no es mala, no, señor...

Se hallaban en tal discusión en el interior del establecimiento cuando Clen Turpin se presentaba en la puerta del mismo disponiéndose a entrar en él.

El galoneado portero le dirigió una desdenosa mirada y opuso su cuerpo entre el hombrecillo y la entrada. Luego, con gesto imponente dijo señalando en dirección a la calle:

—¡Atrás! ¡Aquí no queremos mendigos!

No se arredró Clen, quien respondió fríamente:

—¿Mendigo? Ten cuidado, mastodonte. Puedo mandar aquí muy

pronto y tal vez te haría echar a patadas...

El gesto del portero se tomó amenazador al responder:

—¡Largo, «Harapos», o tendré que largarte de un resoplido...!

Hizo intención de empujar al hombrecillo pero se vio sorprendido por la rapidez de este, en cuya mano destelló la hoja de un cuchillo automático.

Turpin advirtió:

—Cuidado, no resbales porque puedes tropezar con esto...

El portero se vio desbordado, comprendió que se hallaba ante algún hampón de clase, pese a cómo iba vestido, y depuso su actitud, diciendo en tono conciliador:

—Está bien... Si lleva algo debajo del sombrero comprenderá que no puede entrar ahí con esa pinta de mendigo.

—No me gusta llevar librea y por el momento no tengo otra cosa mejor que ponerme; y como he de hablar inmediatamente con Mina, entraré así...

El portero consideró que podría aplastar al hombrecillo de un salivazo. Pero le imponía el cuchillo y más que este, el viso de autoridad, la fiereza que había en la mirada del desagradable visitante.

Respondió a la vez que se rascaba el cogote:

—Si desea ver a Mina es diferente. ¿De parte de quién?

—Me llamo Clen Turpin...

El portero había oído hablar más de una vez de Clen Turpin y sabía bien que se trataba de alguien de cuidado.

Sin embargo no se quiso comprometer y señaló para un fulano que se hallaba en el *hall* del establecimiento.

—Pasa. Allí tienes al «Cejas».

El «Cejas», aunque bastante más joven que Turpin, conocía bien a este. La visita no le hizo gracia alguna si bien no mostró tal desagrado, sino que acogió al recién llegado con una sonrisa.

—¿Qué tal, Turpin? Celebro verte resucitado... Dijeron que te habías retirado y te habías convertido en una persona honradita...

—No he dejado de ser honrado jamás. Como tú y como Mina. Mi eclipse se ha debido a que decidí tomar unas vacaciones...

—Pero las vacaciones cuestan caras, ¿verdad?

—No se trata de «pasta», sino de que se ha de hacer algo en la vida. De lo contrario se atrofia uno. Y se aburre. Dile a Mina que estoy aquí.

—No sé si podrá recibirme hoy, Clen. Está muy atareada...

—Es de suponer que estará atareada; pero me recibirá. No pierdas tiempo, «Cejas», y dile que estoy aquí.

La noticia de que Turpin deseaba hablarle no conmovió a Mina en absoluto, mientras que sus dos acompañantes se miraron entre sí asombrados y asustados a la vez.

El «Cejas», tras anunciar la visita, aguardó.

Mina, tras breves instantes de reflexión, se dirigió a sus dos compinches.

—¿Clen Turpin? Creo que puede pasar. ¿No os parece, amigos?

«Pies Planos» hizo un gesto de indiferencia, como significando que su opinión no pesaba en absoluto a menos que diese la que Mina deseaba.

Mike respondió a la consulta, diciendo:

—El jefe eres tú. Se ha de hacer lo que digas. ¿Para qué diablos preguntas?

—Me gusta contar con vosotros. Que pase Turpin...

Desapareció el «Cejas» quien volvió a poco siguiendo a Clen. Anunció a este y le cedió el paso, cerrando después para volver a ocupar su puesto en el *hall*.

—Hola, Turpin. Adelante sin miedo. Estás en tu casa —saludó Mina en plan provocador.

Turpin hizo como si no hubiese oído y saludó a su vez:

—Hola, Mina. Oí decir por ahí que te había crecido una barba semejante a la mía: Celebro que no sea cierto.

—Suelta lo que sea y vuelve cuanto antes a tu cloaca, rata inmunda —respondió Mina tratando de impresionar a su visitante.

Este dejó escapar una risita y exclamó:

—¡Vaya! Se hizo el milagro y la zorra habló...

Mina respingó, frunció el ceño pero permaneció silenciosa. Fumó y lanzó el humo al rostro de su visitante.

—Gracias por el obsequio, «Al Capone». Tan generosa como siempre...

—¿Has venido a provocar? —preguntó ella desdeñosa—. Sabes que puedo aplastarte, ¿no?

Sin hacer caso de la amenaza, dijo el visitante:

—Escucha, Mina. Te has hecho pasar por mí para tus cosas y eso vale dinero. Y lo vas a soltar ahora mismo.

«Pies Planos» y Mike, cada uno por su parte, intentaron hábilmente situarse a espaldas del visitante.

Este, que lo advirtió, se escurrió hábilmente, poniendo su espalda totalmente a cubierto. Rio luego burlonamente y dijo:

—Estáis bien ahí. Me gusta ver los pies de la gente con la cual converso.

La tensa situación fue cortada por una llamada a la puerta.

—¡Adelante! —autorizó Mina, que había reconocido al «Cejas» en la forma de llamar.

Asomó el guardaespaldas, el cual comunicó a media voz, mirando a Mina y aludiendo significativamente con el gesto hacia Turpin:

—Ahí fuera tenemos un fulano con toda la pinta de ser de la «bofia». Está claro que viene a husmear y parece que va detrás de

Turpin.

Mina se dirigió a este en tono despectivo:

—¡Maldito chivato! Cierra tú, «Cejas», y no pierdas de vista al fulano. Ahora saldré yo... En cuanto a vosotros, dadle una buena pasada a esa rata inmundada.

No habían tenido ocasión los compinches de Mina de poner a Glen la mano encima cuando este volvió a dejar ver su cuchillo automático, el cual esgrimió de manera amenazadora.

—¡Cuidado, «gorilas»! Un movimiento un poco tonto de cualquiera y esto se convierte en un matadero.

Comprendió Mina que había actuado un tanto irreflexivamente y se colocó delante de sus compinches.

—Aguardad un momento. Tú, «Cejas», muestra a Mike quién es el fulano a ver si lo conoce.

Los dos hombres pasaron a un pequeño departamento contiguo que se hallaba totalmente a oscuras y desde sendas sillas observaron por una mirilla hábilmente situada y que dominaba totalmente la sala de fiestas.

Mike, cuando vio al hombre que el «Cejas» le señalaba, silbó admirativamente y dijo a media voz:

—¡Vaya! ¡Si es Ray Cole en persona! Un maldito entrometido, cien mil veces peor que si fuese de la «bofia».

Volvieron los dos hombres a dónde se hallaban Mina y los otros. Y Mike informó mientras Mina no dejaba de observar atentamente a Glen.

A pesar del dominio que Turpin tenía sobre sí mismo, no pudo evitar que sus ojos, aunque instantáneamente, brillasen de forma que le delataron.

Mina supo disimular sus impresiones y dijo en tono normal:

—Ray Cole... Nada importante. Vendrá a ambientarse para escribir luego uno de sus divertidos artículos; le veré luego y tal vez consiga que nos haga un poco de propaganda.

Pese a la naturalidad con que se manifestó, Mina no engañó a nadie y a Turpin menos que a ninguno.

Mike, para ayudarla, dijo en plan de comentario:

—El tal Ray fue amigo de «la Ganzúa». Ella estaba loca por él; pero el chico, cuando vivió su experiencia, se cansó de ella y la largó.

—Sí; sé que rabia de celos —comentó Mina—. Ahora él se ocupa mucho de una linda pelirroja. La hija de Mathews...

Turpin intervino para decir:

—Mathews, el del «drugstore»... Un buen amigo nuestro, ¿no es eso, Mina?

No respondió ella, pero con expresión desdeñosa se dirigió a «Pies Planos» para ordenarle:

—Dale diez pavos a Turpin y que se largue. Si lo vuelvo a ver por

aquí lo convertiremos en repugnante papilla.

—Antes eras más inteligente, «Al Capone» —señaló Turpin dirigiéndose a la mujer—. Suelta mil pavos; te conviene. Y métete en la cabeza esto. No pido limosna, no soy un mendigo. Ni tampoco un chivato... No he dejado de ser compañero de mis compañeros. Incluso de los que no lo merecen. Pero no toleraré que nadie se burle de mí.

Mina pareció ablandarse y dijo entonces:

—Dadle quinientos. Y que suelte todo lo que lleva dentro...

—Han de ser mil, morucha. Y si hablo será porque quiero. Yo no me vendo ni vendo informes. Ayudo a mis compañeros.

—Está bien. Dadle los mil pavos que quiere —admitió Mina.

En aquella ocasión no le pidió nada a cambio.

—Billetes pequeños. Como mucho, de veinte pavos —pidió Turpin.

«Pies Planos», contrariado, obedeció en silencio pensando que aquello era peor que tirar el dinero.

El viejo Turpin, una vez el dinero en sus manos, tras comprobar que no faltaba un solo dólar, informó:

—Ese fulano me buscó por lo de las máquinas «tragaperras». Intentó hacerme creer que le preocupaba el asunto por el supuesto percance que sufrió «la Ganzúa»; pero yo conozco las suficientes cosas para saber que lo que a él le preocupa son los Mathews.

—¿Y si sabes tantas cosas, por qué nos lo has echado encima? —preguntó fríamente Mina.

—Él no tiene ni idea del motivo de mi visita aquí. Eso, suponiendo que me haya visto entrar. Porque estoy seguro de que no me ha seguido...

—Estás viejo, Turpin, y no serías capaz de descubrir a una mula con cascabeles que corriese detrás de ti —señaló Mina en tono hiriente.

—De viejo, nada de nada. Y os lo demostraré si es necesario...

Había guardado Clen el dinero y se dispuso a salir. Una vez en la puerta, antes de abrir, advirtió:

—No creáis que va a resultaros fácil sorprenderme. Pero si lo consiguieseis, Ray entraría en sospechas, actuaría y nadie os podría librar de que os tostasen en la silla eléctrica.

—De alguna manera se ha de morir, viejo —respondió Mina en tonillo burlón.

—Tienes razón. Hasta la vista, «Al Capone», y cuidado con la barba. Hasta siempre, muchachos.

Apenas hubo salido con su paso menudo, ágil, Mina ordenó o «Pies Planos» y a Mike:

—Salid por detrás y «planchad» a Turpin. Ray le habrá visto salir y no pensará que el «accidente» ha sido cosa nuestra.

Los dos hombres hicieron sendos gestos de asentimiento y salieron dispuestos a terminar con Clen.

Este, una vez en la calle, se volvió para ver si le seguían. Y sonrió con expresión satisfecha al no ver a nadie tras él.

Se decidió entonces a cruzar la calle. Al llegar al centro de ella se detuvo. Por la otra parte avanzaba un autobús al cual debía dejar pasar.

Pendiente de la puerta principal del establecimiento de Mina, no vio llegar a «Pies Planos» y a Mike que se situaron cerca de él.

El autobús hizo sonar el claxon señalando la preferencia de paso que tenía.

Faltaban muy pocos metros para llegar. Las tres figuras habían sido rebasadas ya por los focos del vehículo.

CAPÍTULO IX

Mike ordenó a su compinche.

—¡Ahora!

«Pies Planos», bien situado, empujó a Turpin sin darle tiempo casi ni a gritar.

Actuó el «gangster» hábilmente, de forma que dio la sensación de que había intentado sujetar al viejo cuando este pretendía tirarse.

Los frenos del vehículo chirriaron, patinaron las ruedas y el propio vehículo estuvo a punto de volcar en la rápida maniobra.

Pero todo ello no pudo evitar que Glen Turpin cayese bajo las ruedas, entre las que quedó aplastado.

Se oyeron varios gritos de horror. Una señora se desmayó en su asiento mientras que el chofer, una vez logró dominar al vehículo, se apresuró a saltar.

«Pies Planos», con una sangre fría digna de mejor causa, se dirigió al chofer, diciéndole:

—Usted no tiene culpa alguna, amigo. Yo mismo he visto cómo el viejo se lanzó. Intenté sujetarle, pero llegué un poco tarde. Parece que lo había calculado todo bien.

El chofer no estaba demasiado convencido de que la cosa hubiese sucedido como «Pies Planos» señalaba; pero aquello le quitaba a él de encima una serie de complicaciones y lo admitió como bueno.

Se lamentó.

—¡Esto es buscarle la ruina a uno! Yo iba por mí sitio a menos velocidad de la permitida. Tenía prioridad de paso y lo avisé, pero él...

—No se preocupe, amigo. Yo lo he visto bien. Intentó suicidarse...

—Yo también lo he visto. Y me he dado cuenta de que mi amigo intentaba aferrarlo para que no se pudiese tirar; pero llegó un poco tardé.

En aquel momento llegaba Ray Cole, que había salido detrás de Turpin y que desde la puerta del establecimiento había visto cómo se había producido todo.

Se dirigió a los dos compinches de Mina Rossi, a los cuales acusó:

—Están mintiendo. He visto cómo se lanzaban detrás de Turpin y cómo usted lo empujaba... Son ustedes un par de asesinos...

La valiente acusación del joven periodista levantó un murmullo entre los hombres que habían bajado del autobús.

Llegaba gente de otros puntos de la calle y la situación de los dos «gangsters» podía llegar a ser comprometida.

Mike se dirigió a su compinche, ordenándole:

—¡Riega a ese fulano con plomo!

Al mismo tiempo que daba la orden a su compañero, Mike echó mano de su cuchillo automático, el cual centelleó al quedar la hoja al aire.

Gritaron las mujeres asustadas mientras que los hombres salieron disparados en varias direcciones, deseoso cada cual de por sí de no ser víctima de un golpe o una bala perdida.

Ray contaba con la violencia de los dos «gangsters» y actuó de forma intuitiva lanzándose contra «Pies Planos» cuando el hombre desenfundaba su pistola.

Se produjo una violenta colisión ya que «Pies Planos» no fue capaz de esquivar a Ray, quien le metió la cabeza en el vientre, derribándolo de manera estrepitosa.

La pistola del «gangster» salió disparada y cuando «Pies Planos» intentó apoderarse de ella una vez en el suelo, recibió un duro golpe de Ray que le hizo chocar la cabeza contra el suelo, dejándolo sin sentido.

Mike aprovechó el ataque de Ray a «Pies Planos» para lanzarse cuchillo en mano sobre el periodista.

Se sucedía todo a una velocidad de vértigo, sin dar ocasión de intervenir al chofer, el único hombre que había quedado cerca de los contendientes.

Tras dejar a «Pies Planos» fuera de combate, Ray giró sobre sí mismo en el suelo, poniéndose de pie.

Le dirigió Mike un golpe y Ray esquivó ágilmente de costado.

Y a continuación, cuando Mike se reponía ya de su fallo e iniciaba un nuevo ataque, lo zancadilleó, lanzándolo al suelo de bruces.

Golpeó contra el suelo la cara del «gangster», quien sin embargo no soltó el cuchillo.

Y Ray saltó sobre él, cayendo con los dos pies sobre el pecho y el cuello del individuo quien volvió a golpear en el suelo con el rostro, que se cubrió de sangre.

Dos golpes más dejaron también a Mike fuera de combate.

Apenas si había terminado el choque cuando llegó un policía uniformado.

Terminada la lucha, se apresuró la gente a volver a ocuparse del desgraciado Turpin que había quedado destrozado entre las ruedas del pesado vehículo.

El periodista, dirigiéndose al policía, volvió a acusar a los dos compinches de Mina.

—No ha sido un accidente ni un suicidio. Ha sido un asesinato. Lo empujó aquel fulano y fue este quien le cubrió con su cuerpo a la vez que daba la orden.

Quisieron dar la impresión de que el viejo se arrojaba entre las ruedas y que el fulano aquel trataba de evitarlo.

Uno de los viajeros del autobús se acercó al policía, diciendo:

—Yo creo que fue como dice el señor. Y cuando les acusó intentaron asesinarlo a él.

«El Cejas» llegó con apresuramiento, intentando hacer algo por sus compinches.

—¡Yo he visto cómo el hombrecillo ese se echó entre las ruedas del «bus»! Acababa de salir del establecimiento y me dio la sensación de que no caminaba normal.

—No vas a librar a tus compinches del castigo que merecen, «Cejas». Y ahora puedes soltar todos los embustes que quieras.

Iba a protestar el «gangster» pero el policía intervino con energía, diciéndole:

—Cierra el pico, muchacho. Ya hablarás cuando te pregunten. Te conozco y conozco a esta pareja...

Acudieron apresuradamente otros dos policías. Uno se encargó de llamar a una ambulancia mientras que el otro se preocupó de los dos «gangsters», a los cuales esposó.

El policía que había acudido primero tomó la dirección de Ray, así como su nombre y profesión, agradeciéndole su actuación.

Seguidamente tomó nota de los datos correspondientes al otro testigo y más tarde pasó a ocuparse del chofer.

No tardó en llegar la ambulancia con un médico y auxiliares, así como los representantes del Fiscal del distrito.

El forense dictaminó que la muerte de Glen Turpin había sido instantánea.

Se le encontraron encima los mil dólares que terminaban de serle entregados por «Pies Planos» según la orden recibida de Mina Rossi.

Ray, mirando significativamente a los dos «gangsters», dijo en plan de comentario:

—No se puede decir que la miseria arrastrase al suicidio a Glen Turpin. Hacía mucho tiempo que no tenía tanto dinero. Un dinero mal ganado que ha pagado muy pronto con su vida...

★ ★ ★

Tras sus primeras declaraciones, Ray Cole volvió al establecimiento de Mina Rossi, ocupando la misma mesa en la que ya había estado anteriormente.

Como esperaba, no tardó en ver aparecer en la sala a la dueña del establecimiento, la cual había sido informada ya de todo:

Fingió ella ignorar la presencia del periodista y la parte que este había tenido en la detención de los dos hombres de su máxima confianza.

Pero Ray había vuelto a la sala precisamente para entrevistarse con

Mina y cuando la vio abandonó la mesa para salirle al encuentro.

—Buenas noches, Mina. Tan encantadora como siempre...

—Gracias, periodista. Siempre tan galante.

—Quería hablar contigo...

—¿Has Venido a ambientarte? Dicen que escribes unos artículos que hacen llorar, sobre la juventud descarriada, sobre el pernicioso juego, sobre determinados tipos de establecimientos...

—Mis artículos no hacen llorar a nadie. Inquietan a bastante gente cuyas actividades corren un tanto al margen de la Ley...

—No lo dirás por mí, ¿verdad? Mi establecimiento es honorable...

—Justo. Igual que su dueña...

—¿Tienes algo que decir de mí? —preguntó entre arisca y desafiadora.

—Lo que tú digas, encanto. Sí, ya sé que tú no haces «streap-tease»...

—Bueno, para ti sería capaz de hacerlo. Me has gustado siempre, Ray.

—Eso es lo más conmovedor que me han dicho hoy, Mina. Gracias.

—Haces bien en burlarte... Algunos darían su fortuna por lo que tú desprecias...

—Y otros su vida...

—Algunos la darían. Pero la vida de un hombre no vale gran cosa para mí. No resulta rentable. Me refiero a cuando está muerto.

—Ya que hablas de muertos. ¿Sabes a quién terminan de convertir en papilla frente mismo a tu establecimiento?

—No tengo ni idea —mintió Mina.

—A Clen Turpin. ¡Pobre diablo! Terminaba de salir de aquí...

—Aquí entra y sale mucha gente... —dijo ella evasivamente.

—Justo; pero no en tu despacho...

—Yo no lo he visto...

—Por cierto. ¿Él te había hecho tragar las máquinas «tragaperras»? Porque he visto que tienes instaladas algunas...

—No están fuera de la Ley, ¿verdad?

—Desgraciadamente, no. Pero sí lo están los procedimientos que se emplean para obligar a instalarlas y para su explotación.

Mina hizo un gesto de indiferencia, manteniéndose silenciosa.

—Clen Turpin llevaba mil dólares encima. Me consta que los había sacado de aquí.

—¿Y qué? Podía tener mis negocios con él...

—Justo. Así quedamos en que lo habías visto.

—No hemos quedado en nada...

—Está bien. ¿Sabes que ha sido «Pies Planos» quien empujó a Turpin para que cayese bajo las ruedas de un autobús?

—No puedo creerlo. Clen y «Pies Planos» eran buenos amigos;

tengo entendido que salían juntos de diversión alguna noche que otra...

—¿Así pues tú llamas «diversión» a algo semejante a lo que, según parece, le sucedió anoche a June?

—¡Pobre June! Lo he leído y no termino de creerlo...

Tras breve pausa, dijo Mina:

—Yo la aconsejé bien. Le dije que se dejase de líos y que admitiese las máquinas «tragaperras». Pero ella se ha empeñado en ser una verdadera dama y eso para nosotras es muy difícil, casi imposible...

—¿Así, pues, tú ignorabas que Mike, «Pies Planos» y Glen estaban asociados en el negocio de las máquinas «tragaperras»?

—No puedo creerlo. Mike y «Pies Planos» se deben a su trabajo aquí...

—Tú misma has dicho que «Pies Planos» salía con Glen en plan de «diversión». Y yo sé bien la clase de «diversiones» a que se dedicaban...

Mina pareció molesta al responder:

—¡No sé nada de eso! Mis máquinas «tragaperras» nada tienen que ver con Glen. Ni creo tampoco que el asunto de June esté ligado a ese pobre diablo. Porque tú sabes bien que Glen no dejaba de ser un pobre diablo...

—Sé que Glen era un pobre diablo... ¿Pero quién se puede fiar de esa clase de gente? Tú misma has podido comprobar lo que ha sido capaz de hacer con June...

—¿Crees qué fue cosa de Glen?

—Al menos ella me dio las señas de un fulano que se parecía a Glen como una gota de agua a otra gota de agua que cae del mismo recipiente detrás de ella...

Un siniestro brillo en la mirada de Mina la traicionó. Sin embargo fue capaz de decir en tono normal de voz:

—¿June ha podido hacer tal cosa?

—Naturalmente que sí. Era forzoso que tuviese confianza en mí. Lo que no contó a la policía, me lo dijo cuando fui a verla esta tarde...

—Allá ella. Eso de delatar a otro nunca resulta bien...

—Y entre gente de la profesión, con mayor motivo, ¿no? —preguntó Ray con cierta ironía.

—¿Qué quieres decir, Ray Cole? Estás comportándote como un horrible polizonte. Y estás perdiendo mis simpatías.

—Pues lo lamento de verdad. Pero no fui yo quien apodó a June, «la Ganzúa». Ni quien te llama «Young Al Capone»...

—Parece mentira que recuerdes cosas desagradables. Nosotras no pudimos elegir nuestro ambiente. Y hemos tenido la suficiente fuerza de voluntad para salir de él tan pronto tuvimos conocimiento. Jamás seré una dama, lo sé; pero ya no soy la que era... Ni June tampoco y tú lo sabes bien.

—Volvamos atrás, Mina. No soy un policía, pero soy periodista. Tal

vez pequemos de curiosos; más, incluso, que los policías. El periodista tiene una gran responsabilidad sobre sí...

—Déjame de monsergas, muchacho... Volvamos a tu mesa porque van a comenzar las atracciones de pista y hay chicas que vale la pena verlas y escucharlas.

—¿Habrá «streap-tease» esta noche, Mina?

—¡Qué disparate, estando tú aquí! Mañana lo sabría todo Nueva York...

—Una última pregunta antes de sentarnos a ver a tus chicas, Mina...

—Si se trata de la última...

—¿Por qué crees que vine yo aquí esta noche?

—No puedo imaginarlo. Es una verdadera pena, pero resultas muy complicado para mí. Yo soy una chica sencilla...

—Vine siguiendo a Glen. Me costó localizarlo, no creas. Y lo pude conseguir gracias a la descripción que June me hizo de él...

—Casi no puedo creerlo... Hablaré con ella. Temo que el disgusto que tuvo anoche no va a ser el primero...

Se interrumpió Mina, para decir a poco:

—¿No sería Otra persona la que te haría la descripción de Glen? A lo que dices el hombre se movía bastante en los últimos días...

—Si te refieres a si fue Lewis Mathews o su hija los que me hicieron la descripción de Glen, te diré que no. He tenido referencias de que tuvieron un percance; pero ni siquiera los he visto...

—Ya...

—Sé bien que si hubiese intentado verlos los habría comprometido. Y quiero evitarlo.

—Haces bien. Siempre fuiste un chico inteligente...

—Pero ya que hablamos de la cuestión te diré una cosa: Si a Joyce Mathews o a su padre les sucediese algo, yo sabría pronto de dónde habría salido el golpe. Y tal vez no me molestaría en entregar a la justicia a los que les hubiesen producido el daño. Puede que les barriese personalmente, lo mismo que barrí a los que intentaron terminar conmigo esta mañana.

Mina no se inmutó y dijo:

—Creo que harías bien. Ojo por ojo y diente por diente, ¿no?

—Puede que subiese el precio: Dos ojos por uno y toda una dentadura por un diente...

Mina forzó una carcajada intentando disimular su inquietud. Sabía bien que Ray no exageraba y que cumpliría lo que decía a menos que se le barriese.

—Eres un chico estupendo. ¿Bailamos?

—¿Y por qué no? Podemos hacerlo hasta que comiencen a desfilar tus chicas. Y si nos obsequias con un «streap-tease» no diré nada a nadie.

Mina se abrazó a Ray y comenzó a moverse al compás de la música, ciñendo su cuerpo al del hombre.

—Estoy dispuesta a hacer «streap-tease», pero para ti solo... Eres un fulano que me gustas desde antes que comenzases a ir con June.

—Eso es estupendo, morucha... ¿Pero no temes que se enfade Mike?

—Mike no tiene nada que ver conmigo. Además, ahora está encerrado según se desprende de lo que has dicho. Y por mí estará mucho tiempo, lo mismo que «Pies Planos». En el fondo, lo que han hecho, ha sido traicionarme.

—¿Así pues Glen Turpin no había venido a verte a ti?

—No he querido ver jamás a esa repugnante rata. Aunque no dejaba de ser un pobre diablo. Puede que fuese él quien diese la cara y «Pies Planos» y Mike los que se aprovecharan —dijo la mujer cínicamente.

CAPÍTULO X

No tardó Ray en abandonar la sala de fiestas de la que Mina era dueña.

Ella, tan pronto como salió el periodista, pasó rápidamente a su despacho en el cual le aguardaba ya el «Cejas».

—¿Qué hay?

—He hablado ya con Mark Lake. Se ha hecho cargo ya de la defensa de Mike y de «Pies Planos».

Movió la cabeza con expresión apesadumbrada y siguió diciendo:

—Mal está la cosa para «Pies Planos». Mike tiene mejor defensa que él.

—Confía en Mark Lake. Es un buen abogado y tiene mucho prestigio...

—También lo tiene Ray Cole. Y dispone de periódicos en donde escribir...

—Eso tampoco te debe preocupar. Mark Lake tiene también Prensa que le ayudará. Y Ray tiene en su contra que ha matado a dos hombres y ha golpeado de manera bestial a unos muchachos. Lake sabrá sacar partido de todo eso...

—Será una gran suerte —expresó el «Cejas» con aire pesimista.

—¿Qué hay del chofer que conducía y de ese viajero que se prestó a ser testigo?

—El chofer se llama King Terry y el testigo Paul Tucker. Ya tenemos los domicilios. Y ya se han encargado White y Ronnie de «convencerles» para que declaren que el periodista se equivocó. Y que ellos vieron bien claro que Turpin se echó bajo las ruedas del «bus» por su propia voluntad. Y que «Pies Planos» trató de impedirlo —recitó el «Cejas» como quien se trae la lección bien aprendida.

Volvió a su gesto pesimista y dijo:

—¡Menudo lío ha armado el tal Turpin!

—El lío lo ha armado quien se chivó, convencida de que nos lo echaría encima. ¡Y aún me llaman a mí «Al Capone»!

Ante la mirada de perplejidad de «el Cejas» siguió diciendo Mina:

—Sí, amiguito. Ha sido cosa de «la Ganzúa» que quiere quedarse sola, de dueña del barrio; pero no se saldrá con la suya, te lo aseguro...

—Eso es imposible...

—Es una maldita hipócrita. Quiere ser una dama, ¿eh? Y nos lo ha hecho creer a todos. Yo misma había picado. Nos ha metido en un buen lío, pero te aseguro que lo pagará...

—Ten cuidado... El asunto de Glen Turpin hará que la «poli» se fije

ahora en ti. No te fíes un pelo del periodista aunque te haga buena cara y haya bailado contigo. Seguro que quería sonsacarte...

—¡Claro que quería hacerlo! Él está convencido de que quien hacía por ahí de Clen Turpin soy yo. Y sospecha también que fui yo quien dio la orden de despachar al viejo. Y sus tiros irán por esa parte...

—¿No le habrá dicho June a Cole que eras tú?

—No se habría atrevido a tanto. Ella es más hábil que todo eso...

—¿Quién le zurraría anoche?

—¡Nadie! Todo eso es un cuento. Se emborracharía; o le atizaría cualquier fulano y ella se aprovechó para armar todo el embrollo. O se ha golpeado ella misma. Es una sádica...

—¿Una qué...?

—Que le gusta el castigo, la mala vida. Disfruta así...

—Entiendo. Pues como caiga en mis manos va a quedar contenta porque no le dejaré un trozo de piel sano.

—Entonces te querrá locamente y no podrás apartarla de ti —dijo Mina en tonillo humorístico.

«El cejas», como si no pudiese terminar de creer lo que oía, dijo:

—Chivata... Maldita chivata. ¿Quién lo iba a pensar...?

—Yo lo debí haber previsto... Es una ambiciosa que desea dejarnos atrás a todos...

Repiqueó el avisador telefónico.

El «Cejas» alargó la mano maquinalmente para tomar el tubo del micro, pero Mina le cortó con el ademán y el gesto, diciendo:

—Deja. Atenderé yo.

Mina había tenido un presentimiento y cuando escuchó la voz de la persona que se hallaba a la otra parte del hilo sonrió pensando que no la había engañado la corazonada.

—¿Mina? —preguntó «la Ganzúa».

Esta frenó un impulso de violencia y respondió con normalidad:

—La misma. ¿June? —preguntó.

La rubia hablaba con voz que reflejaba un estado anormal.

—Sí, querida. Soy yo. Hubiese ido a verte esta noche, pero me es imposible...

—¿No te encuentras mejor?

—En absoluto. No he podido ir hoy a mí «Danubio Azul». No he salido de mi apartamento...

—Comprendo que estés asustada... —respondió Mina.

—No se trata de eso. No estoy asustada. Estoy destrozada...

—¡No creí que fuese tanto! ¿Qué te pasa?

—He tenido unas hemorragias. Temo que estoy reventada. He hecho venir al doctor Forrest. Lo estoy aguardando de un momento a otro.

—No será para tanto...

—Sí que lo es. Me dieron duro. Y tú, no te descuides...

—¿Quiénes han sido? Conmigo debes tener confianza.

—Han sido Memmo Pellegrini y los muchachos de su banda. Pero, por favor, no digas una palabra a nadie. Eres la única que lo sabe.

A Mina no le podía asombrar ya el cinismo de que daba muestras June. Pero fingió dudar al preguntar:

—¿Memmo? ¿No es amigo tuyo?

—¿Cómo podéis pensar que sea amigo mío? Esas malditas ratas... Tengo ganas de verlos destrozados a todos...

—No será fácil deshacerse de ellos, June. Son unos muchachos... Preferiría vérmelas con la banda del propio Al tapone si viviese y pudiese organizarla, que con esos muchachos...

—Tienes razón... Casi no sé lo que digo...

—¿Qué les sucede contigo? —preguntó Mina.

—Pretenden «protegerme». Además, el fulano se ha encaprichado de mí. Y sospecho también que quiere vivir a mí costa...

—Tal vez te convenga entenderte con él. Es audaz y podría llenar tus ambiciones...

—¿Entenderme con un muchachuelo? No quiero ni oír hablar de eso...

—Siempre te han gustado los muchachos, June...

—No hablemos de eso, Mina. No nos entenderíamos...

Pese a la negativa de June, tal vez por ella misma, Mina llegó al convencimiento de que Memmo Pellegrini y June trabajaban de acuerdo. Y deseó fervientemente alejar el peligro.

La distrajo de sus pensamientos la voz de June que le dijo en tono suplicante:

—¿Quieres hacer algo por mí, Mina?

—Tú dirás...

—¿Darás una vuelta por mí establecimiento? Ya sabes que no se puede fiar una de sus empleados. Black es de confianza pero tiene sus debilidades. Una de ellas es las chicas...

—No te preocupes. Iré...

—Le avisaré para que te entregue la recaudación. Y ya me la darás...

Mina, que deseaba tener una ocasión de acercarse a June para terminar con ella, experimentó viva alegría.

—No me cuesta nada llegar hasta tu casa y entregártela...

—Es demasiada molestia...

—Ninguna molestia. Tú has hecho alguna vez cosas semejantes por mí...

—Como quieras. Será un consuelo para mí poder hablar contigo vis a vis...

—Yo también deseo verte. Hubiera ido ya, pero me ha resultado imposible.

—¿A qué hora vendrás? —preguntó June.

—En mi casa no tengo nada de particular esta noche. Iré a tu establecimiento alrededor de las doce y media. Si Black me tiene preparado lo que te debo llevar, estaré contigo al filo de la una.

—De acuerdo...

—¿No estarás cansada...?

—Estoy desasosegada, no puedo dormir. Creo que tu visita me hará bien...

—En ese caso, hasta después. Ya sabes, alrededor de la una...

—Hasta después, Mina, y gracias por todo...

Tras la despedida Mina cortó la comunicación ahorquillando el tubo. Su cara rebosaba satisfacción cuando dijo al «Cejás»:

—Ha picado. A June «la Ganzúa» no le va a ser posible traicionar ya a nadie más.

El rostro del «Cejás» mantuvo su habitual gesto de impasibilidad. El hombre preguntó:

—¿Yo?

—A ti ella te conoce demasiado...

—Pero si la liquido no podrá decir nada luego al fiscal, ni a nadie.

—Debemos contar con la posibilidad de un fracaso.

—Yo no fracaso. Y si se trata de «la Ganzúa», menos. Si me dejas hacer...

—¿En qué piensas?

—Me la llevaré al refugio de Brooklyn... ¿Y para qué quieres saber más?

—Dolly, su doncella mestiza, te conoce...

—No me conocerá...

—Yo había pensado que hiciesen el «trabajo» Ronnie y White.

—Ellos no tienen «clase» para un «trabajo» como ese. Déjame hacer. ¿Vas a ir a casa de June con la pasta?

—Sí...

—Yo te seguiré. Una vez entres me colaré detrás de ti, te golpearé, haré lo propio con Dolly y luego me llevo a June; y con June, la pasta. Así tú no resultarás sospechosa.

—Es un buen plan. Hasta se le podría echar la culpa a Black en el caso de que la «poli» pretenda ahondar.

—¡Naturalmente! June, para mí. La pasta, a partir.

—De acuerdo. Pero de este negocio, ni una palabra a nadie, muchacho.

—Ya sabes que soy de los que cierran el pico y tic hay quien me saque una palabra.

—Lo sé. Por eso eres de los que han subido pronto a mí lado. Como Mike y como «Pies Planos».

—Esos son buenos también. Se puede trabajar a su lado. Ronnie y

White no están mal, pero aún tienen que aprender mucho. Se les ve venir de lejos y eso es malo... En nuestro oficio hay que aprender a morder con la boca cerrada. Y no gruñir ni después de haber mordido...

Mina y el «Cejas» continuaron su charla, concretando el plan a seguir.

A la hora acordada con June, Mina estuvo en él «Danubio Azul» y después de echar una mirada, mostrando aparentemente gran interés por cómo había ido la noche, recibió la recaudación de manos de Black.

—¿Te acompaño a ver a la «jefa»? —preguntó este.

—No es necesario. Ya sé que tienes un buen plan con Ginger. Aprovéchalo.

Black se sonrojó y dijo:

—No le digas nada a la «jefa».

—No te preocupes. Pero ten cuidado con Ginger o te subirá a caballo.

—Si lo intenta me soltaré la correa y no le dejaré una pulgada de piel sana...

—De acuerdo. Duro con ella.

Al filo de la una se detenía un taxi a la puerta del edificio en donde June tenía su apartamento.

Del coche descendió Mina. Y de otro automóvil que iba detrás se apeó sigilosamente el «Cejas» tan pronto como el taxi que llevaba a Mina se alejó.

Se disponía Mina a entrar en el edificio cuando vio surgir ante ella a un ser humano feble, nervioso. De no saber que Glen Turpin estaba en aquel momento en el depósito de cadáveres, habría pensado que se trataba de él.

—Te has hecho pasar por mí demasiadas veces y me has echado encima a la «poli», Mina. Eso tiene un precio. La vida.

Mina se estremeció. Aunque intentaba disimularlo, había reconocido la voz de June «la Ganzúa».

Había caído en la trampa que ella misma había tendido para dar caza a la que había sido su compañera de aventuras.

A espaldas de Mina quedaba el «Cejas». Aquello la tranquilizó un tanto. Sonrió y dijo en plan burlón:

—Tu disfraz es bueno; pero no te va a servir, June...

—Yo digo que sí me va a servir. Mira a tus espaldas y lo sabrás. El «Cejas» está rodeado y mis muchachos son de los que no perdonan...

Se volvió Mina lentamente y vio que June no mentía Memmo Pellegrini, Garuffi, O'Brien, «el Corso» y dos más de la pandilla, formaban un arco que cerraba al «Cejas» contra la pared.

Las armas no habían salido a relucir aún; pero no tardarían en hacer su aparición.

CAPÍTULO XI

—El barrio se ha hecho pequeño para las dos, Mina. Tú lo sabes.

—Hasta ahora hemos vivido las dos y no nos ha ido mal. Con lo de las máquinas «tragaperras» irá mejor aún...

En lugar de responder, preguntó June:

—¿Para qué te has traído al «Cejas»?

—He temido que me pudiese suceder algo semejante a lo que te ocurrió a ti anoche.

—Mentira. Sabes perfectamente que no me sucedió nada de particular. En todo caso, algo parecido a lo de otras veces. Tú me conoces y conoces a Torriano. Es una maldita bestia...

—No lo sabía —respondió Mina aparentando ingenuidad.

Siguió un lapso de silencio. June miraba a través de las gafas, parte de su disfraz, a Mina, poniendo en esta una expresión cínicamente burlona.

—Has caído en la trampa que tú misma has tendido, Mina...

—No te he preparado ninguna trampa...

—¿Y el «Cejas»?

—Ya te he dicho que venía a protegerme por si era atacada.

—No. En ese caso habría venido junto contigo, en tu mismo taxi. No eres tonta del todo, Mina, pero te falta bastante agilidad mental para poder salirme al camino.

—Lo sé de siempre. Tú eres casi una dama —dijo Mina en tono burlón.

—Lo seré con el tiempo. Pero dejemos eso. Has picado, Mina. Debiste sospechar que yo te daba demasiadas facilidades para tenderme la trampa. ¿Qué pensabais hacer?

Mina permaneció silenciosa.

A sus espaldas se produjo un sonido gutural. Se volvió y vio caer al «Cejas», el cual había intentado desenfundar tardíamente el revólver que llevaba en la funda sobaquera.

El «gangster» había salido muerto de entre las manos de Nello «el Corso» que se había encargado de estrangularlo.

—Chivata y asesina... —murmuró Mina.

Atacó de improviso intentando asestar a June un puntapié que le hiciese perder el equilibrio y le diese tiempo para desenfundar su pistola.

June «la Ganzúa» conocía demasiado bien a su rival para que esta pudiera sorprenderla. Esquivó el puntapié y disparó apenas hubo afianzado sus pies sobre el suelo tras su movimiento de esquivar.

Hizo el disparo sin sacar la pistola del bolsillo de la gabardina, perforando la tela.

Mina se tambaleó al impacto. Un tanto a la desesperada, a la vez que abría mucho los ojos empuñó la pistola que casi llegó a sacar.

June, que bajo su disfraz de Clen Turpin la contemplaba con cínica y burlona expresión, volvió a disparar cortando en seco el movimiento de Mina que se estremeció nuevamente, sintiéndose lanzada contra la pared, en la cual quedó apoyada.

Pellegrini y sus acompañantes, una vez hubieron terminado con el «Cejas», se acercaron silenciosos, formando con June un arco en torno a Mina.

Ella vio fijas en su persona las miradas burlonas y crueles no solamente de June sino de la pandilla de jovenzuelos.

—Ibas dejando demasiado rastro y Clen habría querido chupar también del bote o nos habría denunciado. Ahora él pagará tu muerte y los otros desaguisados... Y yo actuaré a mi manera.

Mina estuvo a punto de decir a June que no tenía solución, ya que Turpin había sido «planchado» por un «bus» hacía ya algunas horas. Pero esto hubiera sido prevenirla más que asustarla y prefirió callar.

Y rio de manera que en principio resultó casi escandalosa, hasta que se fue debilitando poco a poco.

Leyó la sorpresa, el asombro, la incredulidad en las expresiones de los que la rodeaban, comenzando por June.

Sin decir palabra fue cayendo lentamente, apoyándose de espaldas contra la pared hasta quedar sentada.

Una vez en el suelo se ladeó y quedó tendida, encogida sobre sí misma, aferrando entre sus manos el bolso en donde llevaba el dinero, que había quedado manchado con su sangre.

Como una hiena que se lanza sobre unos despojos, se adelantó Memmo, agachándose para apoderarse del bolso, del cual tiró hasta arrancarlo de manos de Mina.

June experimentó no poca repugnancia hacia el muchacho, aunque cuidó de no dejar traslucir las sensaciones que sentía.

Luego miró a Garuffi, a O'Brien, a «el Corso». Expresiones duras, estúpidas, de seres que rozaban la anormalidad o habían caído ya en ella.

Sintió miedo la rubia, quizá porque tenía el convencimiento de que aquellas fierecillas harían con ella lo mismo que ella había hecho con Mina tan pronto considerasen que con ello obtendrían provecho.

O simplemente por gusto, por divertirse.

—Ha sido una pena, una chica tan mona —comentó frívolamente Garuffi.

—Puedes llevártela un rato. Está Calentita aún —dijo Memmo.

—Vamos. No debemos perder tiempo aquí. Puede venir la «poli»...

—señaló June.

Al terminar de hablar sacó la pistola del bolsillo y le quitó el silenciador que había usado para hacer los disparos.

Memmo hizo un gesto despectivo y dijo:

—La «poli»... Estarán en donde menos falta hacen, como siempre... Bien, maldita la falta que hacen aquí tampoco. Aguarda un momento que la registre. Llevará alguna cosa de provecho. El «Cejas» no llevaba los bolsillos vacíos...

Se inclinó nuevamente hasta despojar por completo a Mina. Poco después se alejaban en silencio, marchando en dos grupos.

Llegaron hasta una furgoneta en la cual se hallaban dos muchachos, uno de ellos al volante.

Este dijo a los que llegaban, aunque dirigiéndose a Memmo principalmente:

—Sin novedad. Todo en orden... No ha pasado nadie...

—Por si acaso, vuelve a cambiar la matrícula...

June, en silencio, penetró en el interior de la furgoneta, en la cual se despojó del disfraz que la hacía parecer a Glen Turpin.

La furgoneta en tanto se había puesto en movimiento.

Al llegar al sitio que habían convenido bajó June del vehículo y tomó su coche, que se hallaba aparcado en aquel lugar.

Retrocedió rápidamente para dejarlo en un pequeño garaje cerca de su casa. Y luego llegó a esta, subiendo por la escalera de incendios.

Una vez en su apartamento cerró, se cambió de ropa, vistiendo una bata casera y se acercó lentamente a la ventana que daba a la calle y bajo la cual había sido muerta Mina.

Consultó su reloj. Habían pasado escasamente veinte minutos, minutos que a ella le habían parecido un siglo.

No oyó ruido alguno. Pensó que no había sido descubierto aún el doble asesinato. Y que si alguien había encontrado los cadáveres, se habría apresurado a apartarse del lugar para no verse mezclado en todos los disgustos que podían producirle un descubrimiento como aquel.

June se acercó a la puerta de la alcoba de Dolly, su doncella. Le pareció percibir que la chica sollozaba nerviosamente.

La rubia se sintió satisfecha.

Y se dirigió sin producir ruido a su alcoba. Había dejado la cama deshecha, y se acostó en ella tras despojarse de la bata.

Apenas hacía un par de minutos que lo había hecho cuando se oyó en la calle un grito estremecedor. Lo había dado una mujer.

—¡Socorro! ¡Asesinos!

Se repitió el grito varias veces, en tono angustiado.

June saltó de la cama tal como hubiese hecho de haber estado dormida y haber sido despertada por el grito.

Volvió a vestir la bata y corrió a la alcoba de la doncella, a la puerta

de la cual llamó con los nudillos.

—¡Dolly! ¡Dolly! ¿Estás ahí? ¡Por favor, Dolly...! ¡Tengo miedo!

Se oyó el ruido que producían algunas personas al correr por la calle. Y siguió la estridencia de los silbatos de alarma de la policía.

Al no obtener respuesta de Dolly empujó sin resultado alguno. Y golpeó más fuerte a la vez que llamaba:

—¡Dolly! ¡Dolly! ¿Es que no me oyes?

Corrió a la ventana y la abrió de golpe. Había escuchado ruidos semejantes de otras ventanas que se abrían.

Y vio cómo la gente se amontonaba en torno a los cadáveres del «Cejas» y de Mina.

Llegó la policía, la cual, aunque con no poco trabajo, fue logrando apartar a los curiosos.

Oyó ruido la rubia en el cuarto de Dolly y corrió a él. La puerta estaba abierta. Entró y vio a la mestiza que se hallaba en la cama, hecha materialmente un ovillo, cubierta cabeza y todo, temblando como un azogado.

La sacudió hasta obligarla a incorporarse.

—¡Dolly! ¿Por qué no me avisaste lo que ha sucedido? ¡Ha debido ser horrible!

La mestiza, al sentarse en la cama fijó la vista en su ama, mirándola con expresión que reflejaba profundo horror hasta el punto de que June temió que Dolly la hubiese conocido a pesar del disfraz y las precauciones tomadas.

La zarandeó, preguntándole:

—¡Vamos, despierta! ¿Qué te sucede? ¿Lo viste?

Dolly no fue capaz de responder de viva voz y se limitó a afirmar con un patético movimiento de cabeza.

—¿Es Mina? ¡Me ha parecido ella!

Dolly pudo responder al fin, de manera agitada:

—Yo he visto cómo la mataron. Usted me dijo que estuviese atenta para cuando ella llegase...

—¿Por qué no me avisaste?

—¡Tuve miedo, mucho miedo! ¡Por mí y por usted!

—Hubiésemos podido hacer algo por ella...

Dolly negó con la cabeza a la vez que decía:

—Imposible. Sé bien que la mataron... Y al hombre también.

—Aunque así fuera, debiste llamarme...

—Lo hice; pero la señora estaba durmiendo. Y como no había podido dormir la noche anterior, la dejé; preferí que descansase...

—¿Quién la mató?

—Un hombre viejo, de voz chillona...

—¿Serías capaz de reconocerlo?

—Si lo volviese a ver, sí...

Señaló para la frente y dijo:

—Lo tengo metido aquí. Creo que no podré olvidar eso en mi vida...

—Pero han matado también a un hombre. ¿Fue el mismo?

—No. Fueron otros hombres...

—¿Podrías reconocerlos?

—No. Estaban más lejos, aunque luego se acercaron. Pero donde ellos estuvieron no había luz, no se podía ver bien. Al hombre que mató a la señora Mina, es diferente. Le dio la luz en la cara varias veces, antes de que tirase...

—¿Por qué no avisaste a la policía por teléfono?

—Oí ruido en la calle y cuando me asomé era tarde ya. Me quedé paralizada y todo fue muy rápido...

—Está bien. Cuéntamelo todo...

Dolly, que se había ido tranquilizando, hizo un relato bastante coherente y ajustado a la verdad de lo que había visto.

—¿Si vieses a los otros hombres los reconocerías? —indicó June.

—No, señora. Vi al viejo bien. A los demás... no. Se me iba haciendo todo borroso y no caí aquí mismo desmayada por verdadero milagro...

—Está bien. Tal vez por el viejo se pueda sacar a los otros...

—¿Y qué nos importa eso a nosotras? No podemos resucitar ya a la señora Mina... Y yo tengo miedo.

—Debes perder el miedo, créeme. Y habrás de referir todo lo que viste y lo que hiciste a la policía, tal como me lo has contado a mí, sin quitar ni poner nada.

—Sí, señora...

—Si te preguntan por qué no les avistaste, les dices la verdad también. El miedo te dejó paralizada y como, a mí me habían atacado la noche anterior, temiste que esa gentuza se pudiese volver contra nosotros.

—Sí, señora...

En el exterior se oyeron las sirenas de las ambulancias.

June tiró de Dolly, a la cual tomó por una mano.

—Ven. Vamos a asomarnos...

—No quisiera verlo...

—Tienes que quitarte de encima ese temor. Y pensar que debes declarar.

—Sí, señora...

—No podemos resucitar a Mina; pero haremos lo posible para que sus asesinos sean descubiertos...

Las dos mujeres se asomaron a la ventana. Había curiosos en muchas otras ventanas de ese edificio y de los contiguos. Y mucha gente en la calle si se consideraba lo avanzado de la hora.

—No sé de dónde puede salir tanta gente a estas horas. Pero cuando

sucede algo acuden como las moscas —comentó June.

Sentía una íntima satisfacción al pensar que todo salía según había calculado y que Dolly, ignorante de todo, iba a servir fielmente a sus planes, con una sinceridad que no habría puesto de estar aleccionada.

El público había sido alejado del lugar inmediato a dónde habían caído las víctimas.

Los fotógrafos de la policía habían actuado ya. Y habían dejado paso a los de la Prensa que hacían centellear sus «flashes».

Dolly cerró los ojos al ver que levantaban el cuerpo, rígido ya, de Mina y lo colocaban en una camilla.

Al hacerlo, quedó dibujada en el suelo la silueta de la víctima, tal como había sido hallada.

Lo mismo sucedió con el cuerpo de «el Cejas».

Entre los periodistas que estaban actuando descubrió June a Ray Cole. No le sorprendió ver que el joven estaba hablando con el capitán Sherman, de la policía.

En el momento en que se cruzaron sus miradas, June se dio cuenta que Ray, en su conversación con el policía, la aludía a ella.

Les saludó moviendo un brazo en el aire y los dos hombres le correspondieron.

Por las señas de Ray comprendió ella que el periodista y el policía iban a subir.

Hizo ademán de asentimiento y se dirigió a Dolly para decirle:

—Vamos a abrirles. Procura serenarte. Ya puedes imaginar que es a ti a quién más han de preguntar. Debes decir la verdad de lo que has visto, sin temor alguno.

—Sí, señora...

Las dos mujeres se retiraron de la ventana, June cerró y a continuación dio órdenes a Dolly para que preparase cigarrillos, bebida y café para obsequiar a los dos hombres.

Y ella se dirigió personalmente a abrir la puerta.

Tendió una de sus manos al capitán y otra a Ray. Realizando un esfuerzo, sonrió.

—Adelante, amigos.

—Una terrible desgracia, June —anunció Ray—. Mina y tú erais buenas amigas...

—Sí. Precisamente venía a verme cuando ha sucedido todo —respondió June con expresión que reflejaba pesadumbre.

Ray, que no aguardaba tal confesión, se puso en guardia.

CAPÍTULO XII

—¿Venía a verte? —preguntó el periodista.

—Sí. Me traía la recaudación de hoy en el «Danubio Azul».

—¿Así pues la han asesinado a ella y te han robado a ti?

—Sí...

—¿Te diste cuenta de algo? —preguntó Ray.

—Me había quedado dormida, no oí nada. Me despertaron unos gritos de mujer. Pedía socorro. Pero, ¿eres tú el policía o lo es el capitán Sherman?

—Mi interés es meramente amistoso...

—Pase, capitán. Y tú también, Ray...

Pasaron al saloncito en donde Dolly, no muy segura aún de lo que hacía, estaba sirviendo ya el café después de haber preparado cigarrillos y bebidas.

—Siéntense, fumen y beban. Pónganse cómodos —invitó la rubia tomando ella misma la iniciativa.

Ray había advertido que June le temía, que prefería hablar con el capitán. Se dio cuenta también del nerviosismo de Dolly normalmente bastante tranquila.

Se dirigió a ella, al par que le acariciaba tomándole la barbilla.

—¿Qué tal, Dolly? Tan atractiva como siempre.

—Gracias, señor Cole.

—Seguro que estarías aguardando la llegada de Mina y has sido testigo de todo o casi todo...

June, que sonreía al capitán a la vez que le alargaba los cigarrillos, se estremeció ligeramente, asustada por la perspicacia de que daba muestras el joven.

—Sí, señor, la estaba esperando. Pero no estaba asomada a la ventana. Lo hice cuando oí ruido y vi cómo un hombre disparaba contra la señora Mina...

—¿Viste al hombre que disparó? —preguntó Ray.

—Sí, señor Cole.

El capitán Sherman se mostró interesado en la conversación. Y le asombró también un poco la perspicacia de Cole.

—Tal vez serás la única persona que vio disparar al hombre. En ti está el secreto para que el asesino de Mina pueda ser castigado por su crimen... ¿Era un hombre solo? —preguntó el periodista.

—Creí que era el capitán Sherman quien debía llevar el interrogatorio. ¿O es que te has dedicado a policía? —preguntó June.

—Hemos subido en plan de descansar un momento, de sustraernos

a la curiosidad de la gente. Y de paso para informarnos si sabían algo del triste suceso. Pero por mí parte, al menos, no venía en plan de policía —respondió Sherman.

—Mi curiosidad es simplemente periodística —respondió a su vez Ray, el cual volvió su mirada con una expresión interrogadora que dirigió a Dolly.

Dolly respondió dirigiéndose tanto a Ray como al capitán Sherman.

—El que disparó contra la señora Mina estaba solo con ella. Luego acudieron los que mataron al otro hombre... Bien, supongo que lo habían matado porque yo no los vi.

Al hablar dirigió una rápida mirada a June para asegurarse de que iba bien. Leyó la aprobación en la expresión de la rubia y se sintió más tranquila.

—¿Serías capaz de reconocer al hombre que disparó contra la señora Mina?

—Sí, *a ese*, sí —afirmó Dolly.

—¿A los demás no?

—No.

—¿Por qué?

—No les daba la luz como al viejo...

—¿Era un viejo? —preguntó Ray más intrigado por momentos.

—Sí, señor Cole...

—¿Me lo podrías describir?

La mestiza hizo una descripción bastante acertada del falso Clen Turpin.

A continuación Ray sacó una de las fotografías reformadas de Clen Turpin y la mostró a Dolly, preguntándole:

—¿Era este?

No necesitó la respuesta de viva voz para saber que sí, que se trataba de un suplantador de Turpin.

Sonrió levemente y preguntó a June:

—¿Mina no tenía instaladas máquinas «tragaperras»?

—Sí...

—Entonces no lo comprendo... La persona que se hacía pasar por Clen Turpin no se metía más que con aquellos que se resistían a tomar sus máquinas «tragaperras».

La fotografía que Ray mostrara a Dolly pasó de las manos de esta a las de Sherman, tomándola finalmente June, que dijo:

—Fue quien me atacó anoche... Sí, Clen Turpin...

—Turpin no ha podido matar a Mina...

—¿Por qué no? Me apaleó a mí. Tal vez Mina le delató o trató de hacerle trampa...

—Turpin fue asesinado tres o cuatro horas antes que Mina, cerca de la salida del establecimiento de ella. Y todo hace pensar que fue Mina

quien lo hizo asesinar...

June palideció intensamente.

—¿Cómo es posible...? No creo que Mina... O tal vez Clen tuviese un hermano...

—No tenía ningún hermano. Ni ningún primo que se le pareciese como una gota de agua a otra —dijo con latente ironía Cole.

—¿Qué quiere decir con eso, Cole? —preguntó el capitán Sherman.

—Sencillamente. El asesino de Mina tomó la apariencia de Turpin. Como lo había hecho frecuentemente Mina, para llevar adelante el «negocio» de las máquinas «tragaperras».

—Eres muy osado al hablar así, Ray —aseguró June comenzando a intuir que tal vez había ido demasiado lejos.

—El tiempo dirá si soy atrevido o tengo una visión bastante clara de las cosas. Lo malo es que Turpin fue asesinado y no podrá hablar ya. Pero lo harán otros...

Sherman se sentía casi tan perplejo como June.

Ray, en tono frívolo, tal como si la cosa no tuviese importancia, dijo:

—Las gafas que usaba Turpin, aunque oscuras, estaban graduadas. Turpin era miope, bastante miope... Las gafas que utilizaba el de las máquinas «tragaperras» eran unas simples gafas oscuras... Y habrá quien atestiguará tal cosa.

June se mordió los labios. Y comprendió entonces la risa de Mina. Clen Turpin no había podido asesinarla porque estaba muerto. Y ella, June, lo ignoraba.

Ray encendió un cigarrillo, sorbió de su café y pidió a Dolly:

—¿Quieres contamos lo que has visto?

La mestiza repitió su relato con seguridad. Cole sabía que decía la verdad y admiró la habilidad de June al lograr que Dolly le hiciese el juego.

—¿No oyó usted nada? ¿Ni cuando la llamó su doncella?

—No. Ella ha dicho que me llamó «callandito», por temor a despertarme.

—¿Estabas en casa cuando sucedió todo? —preguntó Cole.

—¿Qué intentas insinuar? —preguntó June irritada.

—No insinúo nada. Hago una pregunta. Las personas a veces nos largamos por ahí sin saber por qué; es como si quisiéramos evadirnos de nosotros mismos. Me ha extrañado que no te despertases.

—No tiene nada de particular. No pude dormir anoche, pasé hoy un día fatal...

—Es verdad. Había olvidado tus hemorragias —ironizó Ray.

Sherman escuchaba, sintiéndose más sorprendido por momentos.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó el joven periodista.

—Vete al diablo. Te estás burlando de mí.

—Te felicito. Tienes buen aspecto y hoy cuando llegué estabas cantando alegremente, aunque luego vinieron las lamentaciones...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Está todo muy enredado, June. Y estoy verdaderamente preocupado. Parece que la traición y la muerte nos rondan por todas partes.

June realizó un esfuerzo, sonrió y se dirigió a Sherman:

—No le haga caso, capitán. Tiene una loca fantasía. Debiera dedicarse a la novela. Haría más carrera aun que como periodista...

—Yo creo que él haría un buen policía. Tiene perspicacia y esta ayuda mucho —respondió Sherman a guisa de comentario.

Lo dijo en tonillo humorístico, aun cuando se advertía en él un fondo de preocupación.

El policía se dirigió a Dolly, para decirle:

—Supongo que no tendrá inconveniente en venir mañana a mi oficina a declarar.

Dolly, tras cambiar una mirada con la rubia June, respondió:

—Ninguno, señor.

—Vendrá uno de mis hombres a recogerla en un automóvil a las once...

—No se moleste, capitán. La llevaré yo —ofreció June—. Así, si tiene algo que preguntarme a mí, me tendrá a su disposición.

Se hicieron aún algunos comentarios sobre el desgraciado suceso y tanto Sherman como Ray se despidieron a poco de June y de Dolly.

La rubia, molesta por la sonrisa irónica de Ray, hubiese golpeado gustosa a este, pero hubo de contenerse y ser amable con él.

Una vez en la calle, dijo Sherman a Ray:

—Usted sabe muchas cosas que no me ha contado, Cole.

—No sé, capitán. Imagino, hago deducciones... Pero no podría afirmar nada y menos aún probar.

Las ambulancias se habían retirado ya con los cadáveres de Mina y «El Cejas».

Sherman escuchó un breve informe de su ayudante, el cual le entregó los objetos encontrados en las ropas de Mina y en las del «gangster».

—¿Qué le parece si diésemos un paseo, capitán? —propuso Ray—. Durante el mismo conocerá usted los hechos que yo conozco. Y hará las deducciones que estime oportunas. Tal vez llegue a unas conclusiones semejantes a las mías.

—¿A dónde me lleva?

—A Brooklyn, a un refugio de algunos elementos de la banda de Mina. Alguien me ha facilitado la dirección...

—No podemos entrar en él sin una autorización...

—En ese caso puede quedarse fuera. Mina y «El Cejas» han muerto.

Mike Cooper y «Pies Planos» están detenidos. Nadie protestará porque vayamos allí. No creo que los demás componentes de la banda tuviesen acceso a tal lugar...

—¿Qué espera encontrar allí?

—No lo sé aún. ¿Qué decide?

—Ha picado usted mi curiosidad. Vamos.

Tomaron un automóvil de la policía al volante del cual se puso un sargento que iba de paisano.

Ray inició su relato.

★ ★ ★

Nicholas White y Walter Ronnie se hallaban muy ajenos a que Mina y «El Cejas» habían sido asesinados.

Con ellos, en el refugio de Brooklyn se hallaban King Terry, chofer del «bus» que había «planchado» a Turpin, y Paul Tucker, el testigo que había apoyado la acusación de Cole contra Mike y «Pies Planos».

Los dos hombres no habían llegado hasta el lugar por su gusto y estaban deseando largarse, para lograr lo cual no habían llegado aún a un acuerdo con los dos «gangsters».

Tanto Terry como Tucker se hallaban amarrados a sendos sillones. Frente a ellos se hallaban los dos «gangsters».

Era White, el más inteligente, quien llevaba la voz cantante en aquel momento. Se dirigía a Terry:

—No seas testarudo, muchacho. Debes fiar en mi palabra. Mi amigo «Pies Planos» intentó salvar a Turpin cuando él se arrojó a las ruedas del «bus». Primero tú mismo lo dijiste así. ¿Es verdad o no?

—Cierto. Obré mal. Aquello me libraba de un montón de molestias y por eso lo di como bueno. La verdad es que vuestro amigo empujó a ese pobre diablo. ¿No es eso, señor Tucker?

—Sí...

Ronnie desencadenó la violencia, abofeteando a derecha e izquierda a Tucker, quien no tardó en sangrar por la boca.

—Eso es el principio, muchachos. No sean testarudos. Dirán lo que «sucedió» según nuestras ideas. Eso, o no comparecerán como testigos...

—Y si se presentan y nos traicionan nada ni nadie podrá librarles —añadió White acercando un cuchillo automático a la garganta de Terry, al cual preguntó—: ¿Verdad que «Pies Planos» intentó salvar a Turpin cuando se tiró a las ruedas del «bus»?

Terry permaneció silencioso. Y en aquella ocasión fue White quien le golpeó de manera semejante a como lo había hecho anteriormente su compinche.

Casi en el mismo instante percibieron los cuatro hombres que alguien golpeaba la puerta. Y una voz recia, la del capitán Sherman,

pedía en tono que no admitía réplica:

—Abran en nombre de la Ley o será peor...

Ronnie y White respingaron de manera cómica, girando en dirección a la puerta camino de la cual dieron dos pasos.

Quedaron inmóviles mientras Sherman repetía su conminación.

Los dos «gangsters» se miraron, y White, el más tranquilo de los dos, dijo en voz baja:

—«Dormiremos» a estos y desapareceremos con ellos por la alcantarilla...

Señaló una especie de trampa en el suelo.

—Adelante...

—Duro con ellos...

Ronnie se dispuso a golpear. Pero entonces se abrió de golpe una ventana por la que asomó la boca de una pistola ametralladora.

La siguiente conminación fue de Ray que dijo:

—No se muevan o los achicharro. Y sobre todo, no se acerquen a esos dos.

Intentó desobedecer Ronnie, disparó Ray y el «gangster» saltó hacia atrás sintiendo que las dos balas se habían clavado a escasos milímetros de sus pies.

—Levanten las manos. Y usted, White, vaya hasta la puerta con las manos en alto y abra...

Los dos «gangsters» se apresuraron a obedecer en tanto los rostros de los prisioneros, que se veían obligados a ceder, reflejaron satisfacción.

Ronnie murmuró aún, dirigiéndose a ellos:

—No os servirá de nada. Hay otros que se encargarán de vosotros.

—Cuando esté libre me cobraré lo que me has dado —amenazó Tucker en respuesta.

Momentos después los dos «gangsters» eran esposados por Sherman. Solo entonces abandonó Ray su puesto.

—¡No pueden hacer esto! ¡Es un allanamiento de morada! —protestó White.

—¿Te sientes legalista ahora, granuja? —preguntó Ray—. ¿Acaso tú podías secuestrar a estos dos?

—Esto no es una morada. Es un nido de granujas —dijo Sherman—. No es una casa de un ciudadano. Sé bien lo que hago; y que procure Mark Lake, vuestro abogado, ser prudente. Ya se lo advertiré.

—Y si abres el pico otra vez te lo cierro para siempre y encontrarás tu tumba en el fondo del East River.

Terry y Tucker, una vez libres, se cobraron con creces los golpes que habían recibido.

Ray y el capitán Sherman, en tanto, practicaron un registro en el refugio de los «gangsters», en donde, entre otras cosas, encontraron el

disfraz que Mina empleaba para hacerse pasar por Turpin, y que no habían tenido ocasión de hacer desaparecer.

Tanto Tucker como Terry se prestaron a ser testigos del hallazgo que podría tener una importancia, decisiva casi, en el enredado caso.

CAPÍTULO XIII

A la media hora de haber abierto Lewis Mathews su «drugstore», no había entrado por las puertas del mismo un solo cliente, en contra de lo que sucedía diariamente.

Tanto él como la linda Joyce experimentaban no poco asombro del cual no estaba excluido un fondo de inquietud.

Transcurrió una hora más sin que se acercase nadie y la graciosa pelirroja asomó a la puerta.

—La gente va y viene como otros días. Y los clientes nuestros entran en el «drugstore» de Sam.

—Sam ha puesto máquinas «tragaperras» —dijo Mathews despectivamente.

Joyce, tras una observación detenida de la calle, dijo:

—Veo gente de la banda de Pellegrini. Están apostados estratégicamente. Hay seis de ellos...

—¡Malditas sean esas inmundas ratas! Habrá que hacer un escarmiento con ellas...

Asomó White a la calle y descubrió que en la fachada de su establecimiento había sido pintada la insignia de la banda de Pellegrini y una calavera con dos tibias cruzadas abajo, terminando con un letrero que decía: «Apestado. No comprar».

—¡Malditos puercos!

Se metió en la tienda en busca de una escalera y un trapo, pero la hija le hizo desistir.

—Déjalo, no lo borres. Tal vez pueda servir de prueba contra ellos.

—Dirán que no lo han hecho, que es cosa de los portorriqueños...

—Ellos dirán lo que quieran; y las cosas son como son...

—Avisaré a la policía.

—Te matarán, padre...

—Que lo intenten si se atreven...

Marcó Mathews el número de la comisaría del distrito y dio cuenta de lo que sucedía.

Muy pocos minutos más tarde llegó un auto con policía. Se apearon de él dos hombres que hicieron circular a los muchachos de Pellegrini, que abandonaron el lugar uno tras otro.

A pesar de ello, la gente no se atrevió a entrar a comprar.

Los policías tomaron nota de lo que había sido pintado en la fachada e incluso tomaron fotografías.

Cuando llegó la hora de ir Joyce a la academia, se despidió de su padre y salió. Había llamado a Ray en dos ocasiones, sin poder

comunicar con él en ninguna de ellas.

A poco de salir Joyce volvieron los muchachos de la pandilla de Pellegrini. En aquella ocasión, cuando intervino la policía, se negaron a separarse del lugar alegando que tenían perfecto derecho a estar en él.

El sargento que iba al frente de los policías, respondió:

—¡De acuerdo, muchachos! Pero al que se extralimite lo voy a poner azul. Y podéis ir a chivaros de que os he amenazado...

Lewis Mathews se sintió aliviado al ver que los muchachos de la banda de Pellegrini habían vuelto. Lo prefería a que hubiesen seguido a su hija.

Sin embargo, no se había alejado Joyce tres cuadras de su casa, cuando se dio cuenta de que la perseguían.

Por uno y otro lado de la calle fueron apareciendo jovencitos de la pandilla de Pellegrini.

Joyce los conocía a casi todos y sabía que eran los más terribles, los que la habían asediado en más de una ocasión, llegando a insultarla, a decirle obscenidades.

Phil O'Brien y Teo Garuffi aparecieron por un lado, haciendo pareja. No tardaron en asomar uno llamado Falcone y Nello «El Corso».

Surgieron luego dos más y entre los seis muchachos formaron una especie de patrulla que aisló a la joven del resto de la gente, aunque por el momento ninguno de ellos se metió con ella.

Caminó Joyce más aprisa, tratando de adelantarlos, de llegar hasta la academia.

Al mismo tiempo tenía miedo, pues sabía que una vez en el zaguán de la misma, la atacarían. Era un lugar sin portero, adecuado para el caso.

Intentó meterse en un café que tenía dos puertas, pero Falcone, adivinando su intención, le obstruyó el paso a la vez que le decía:

—Silencio, pelirroja, o lo pasarás mal. Sigue adelante...

Se vio acorralada, sin posibilidad de pedir ayuda a nadie. Por otra parte, estaba convencida de que nadie la hubiese ayudado por temor a los mozalbetes, bien conocidos todos ellos en el barrio.

Si primero había caminado a su libre albedrío, luego fue dirigida por el propio Falcone, que la obligó a entrar en una calle estrecha, maloliente, sin sol.

A mitad de ella había una furgoneta, al volante de la cual se hallaba Memmo Pellegrini.

Otro de los de la pandilla abrió las portezuelas traseras del vehículo en muda invitación a Joyce para que entrase.

Falcone le advirtió:

—Será inútil que resistas. Silencio y adentro...

Comprendió que era lo mejor y subió para evitar que le pusiesen las

manos encima. Sabía bien de la crueldad de los mozalbetes y de los inconvenientes de desatarla con algún gesto de rebeldía.

Tras ella subieron Nello «El Corso» y el propio Falcone, mientras los otros seguían su paseo como si no hubiesen tenido nada que ver con lo sucedido.

Antes de que la tocasen, Joyce se dejó caer en el suelo de la furgoneta.

Nello golpeó para avisar a Pellegrini, el cual puso el vehículo en marcha.

Falcone se encargó de cerrar la portezuela. Los tres mozalbetes que habían quedado con la pelirroja se sentaron formando un arco en torno a ella y la miraron con expresiones en las que brillaba el deseo y la malignidad.

Sin embargo, no osaren tocarla por temor a que ella gritase; ellos seguían así las severas órdenes recibidas de Pellegrini.

Pocos minutos más tarde se detuvo la furgoneta. Abrió Falcone la portezuela y entró en ella un nuevo personaje.

Joyce reconoció inmediatamente a la persona recién llegada. Era June «La Ganzo», aunque llevaba un auténtico disfraz que la hacía parecer uno de tantos mozalbetes de la pandilla.

June saludó diciendo:

—Hola, pelirroja. Ahora estoy segura de que Ray no tendrá más remedio que someterse. Y vosotros también. Eso o terminaré con todos. Tú puedes ser un buen cebo para darle caza a él...

La pelirroja no respondió. La rubia se sintió en inferioridad ante el despectivo silencio de Joyce y dijo en tono que se iba tornando violento:

—¿Soy poco para que me respondas?

—Tus palabras no tienen respuesta. Pero si quieres te diré algo.

—Veamos ese algo.

—Estás a tiempo de retroceder. A mí y a mí padre nos podrás asesinar. Pero con Ray no podrás y él no te perdonará si me sucede algo. Y él sabe más cosas de las que tú puedes imaginar.

—¡Pues por eso mismo! Tú me lo robaste...

—Prefiero no responderte...

Volvió a quedar en silencio, un silencio que tenía mucho de desdeñoso y que irritó sobremanera a June.

Nello intervino para decir:

—Ten calma ahora. Dentro de poco habremos borrado toda huella y estaremos en un lugar en donde podréis gritar. A las mujeres os gusta gritar y aquí no resulta conveniente. Tendríamos que matarla y dejaría de servir como cebo.

Las palabras de Nello, dichas en tono ponderado, hicieron entrar en razón por el momento a June. Y asustaron a la pelirroja Joyce más de lo

que estaba.

Pellegrini avisó en aquel momento:

—Cuidado ahora; ya tenemos ahí el furgón...

Un camión cerrado, de grandes dimensiones, con una pasarela dispuesta, aguardaba a la furgoneta.

Pellegrini hizo subir al pequeño vehículo por las planchas y pronto quedó la furgoneta en el interior del camión cerrado.

Joyce, aunque no podía ver bien, se dio cuenta de que las planchas eran retiradas por Nello y Falcone, que habían salido de la furgoneta, la cual había sido calzada para que no se moviese dentro del camión.

Pellegrini dejó el volante y fue a reunirse con June en el interior de la furgoneta.

Nello, Falcone y el otro fulano cerraron el camión por fuera, quedando ellos en el suelo.

Falcone y el otro se despidieron mientras que Nello pasó a ocupar un sitio junto al chofer del camión.

El pesado vehículo, con su carga, se puso en movimiento.

June sonrió con expresión que reflejaba crueldad y odio. Preguntó a Joyce:

—¿Qué me dices ahora, pelirroja? Y una advertencia. No intentes pedir socorro porque te mataré aquí mismo, sin compasión alguna.

Comprendió Joyce que June no exageraba. Por el contrario, parecía deseosa de que la joven hiciese algo que justificase la violencia.

—No tengo nada que decir. Has vencido.

—Justo, he vencido...

—¿Condiciones? —preguntó la pelirroja, deseosa de ganar tiempo.

—Tenemos tiempo de hablar de condiciones. Las condiciones dependen de la actitud que tome Ray Cole, sobre el que parece que tienes bastante ascendiente...

—Pues la actitud de Ray Cole está bastante clara... —dijeron.

Fue el propio Ray Cole quien habló, haciendo dar un respingo a June y Pellegrini, mientras que Joyce daba un salto de esperanzada alegría.

June, en rápida reacción, intentó apuñalar a Joyce. Pero Ray, que la conocía bien y esperaba tal reacción, le salió al paso, golpeándola con violencia.

Gimió la rubia que cayó como fulminada, quedando fuera de combate.

Pellegrini intentó sacar un cuchillo automático, pero Joyce estorbó su movimiento, dando tiempo a Ray, ocupado en anular a June.

El joven periodista saltó seguidamente contra Pellegrini, él cual se debatía en lucha con Joyce, la cual lo había aferrado, no soltando la muñeca cuya mano empuñaba el cuchillo.

Resultó fácil para Ray poner fuera de combate a Pellegrini de dos

fuertes golpes que le asestó en la cabeza.

Los dos jóvenes, anulado el peligro, se abrazaron.

—¿Cómo has podido llegar tan a tiempo? Ha sido horrible.

—Puse a June entre el puñal y la pared, aunque no tenía pruebas contra ella. Estaba seguro de que intentaría algo para obligarme a callar, a estarme quieto. Y la vigilé de cerca, no solamente a ella, sino a un tal Torriano, su amigo, y el cual ejerce decisiva influencia sobre Pellegrini y su banda...

Gimió Pellegrini, intentó incorporarse, pero recibió otro golpe de Ray que lo volvió a enviar al país de los sueños.

Sucedió otro tanto con June, y fue Joyce la encargada de dormirla nuevamente.

—¿Descubriste sus planes?

—No se puede decir que los descubriese; los preparativos que vi hacer a Torriano me hicieron sospechar lo que tramaban. Y entonces cacé a Torriano, lo traté a mí manera y tuvo que relatarme el plan de acción.

—¡Menos mal!

—Acudí al capitán Sherman y tomamos el camión por asalto. El chofer está preso y es el propio Sherman quien ocupa el volante. Va un poco disfrazado, o si quieres mejor, caracterizado. Y el pobre Nello, que no conocía al chofer, no tiene ni idea de que va sentado sobre un verdadero barril de pólvora.

Rio June cuando terminó de hablar Ray, pensando en la sorpresa que se llevaría el hosco corso.

—¿Y los otros? —preguntó aún la joven.

—Los habrán ido capturando a medida que se han ido separando del grupo principal. No has estado sola ni desamparada un solo momento...

—¡Pues menudo susto me he llevado!

—Lo comprendo, pero era necesario. Ahora ya tenemos pruebas para condenar a los principales culpables; en cuanto a algunos de los jóvenes, no lo pasarán tampoco nada bien. Me refiero a Pellegrini, «El Corso» y algún otro que no se han quedado en simples gamberros, sino que han entrado en el terreno de la criminalidad.

En tanto, Nello, al ver que el camión se salía de la dirección que debía llevar, se había dirigido al chofer, diciéndole:

—¡Eh, que te equivocas!

—No me equivoco, Nello... Ahora lo verás.

Detuvo Sherman el camión cerca de un auto patrulla de la policía y antes de que «El Corso» pudiese imaginar lo que le iba a suceder, sintió que le apoyaban el cañón de una pistola en uno de sus costados.

—Quietos, Nello. Date preso en nombre de la Ley... Si hubieras sido la mitad de listo de lo que presumes, me habrías reconocido. Soy el

capitán Sherman...

Intentó saltar el granuja, seguro de que Sherman no sería capaz de disparar contra él; pero el policía lo aferró por un brazo, retorciéndoselo de manera cruel, hasta inmovilizarlo.

—¿Vamos a jugar a estarnos quietos, muchacho?

Acudieron los del auto patrulla, que habían sido avisados por radio, y que se hicieron cargo tanto de Nello «El Corso», como de Pellegrini y June «La Ganzúa».

En un registro que hicieron en la furgoneta encontraron el traje con que se había disfrazado June la noche anterior para hacer su papel de Clen Turpin.

En la gabardina se apreciaban claramente los dos orificios quemados por las balas al ser disparada la pistola contra Mina.

Horas más tarde se completaba la redada, tanto de los elementos de la banda de Mina como de los de «La Ganzúa», así como de los muchachos de Pellegrini.

El artículo escrito aquella noche por Ray fue duro. Hizo resaltar el ambiente inadmisibile en que habían vivido los muchachos y vivían aún muchos de ellos.

Acusó a los políticos venales que protegían a determinados «gangsters», quienes a su vez empleaban a los muchachos, a los que daban un pernicioso ejemplo.

Pero acusó más duramente aún a los abogados que, en lugar de actuar con la Ley en la mano para defender a los muchachos que les eran confiados, usaban su conocimiento de las leyes para burlarlas y obtener éxitos personales, acusándolos y demostrando que a tales abogados no les importaba el hombre o el muchacho que se sentaba en el banquillo de los acusados, sino que les interesaba más el éxito personal y las cuantiosas sumas de dinero que recibían por su nefasta labor.

★ ★ ★

El artículo valió a Ray el codiciado premio «Pulitzer» y un espléndido empleo en una importante cadena de diarios.

Joyce le dijo, al conocer la noticia:

—Espero que no te corrompas y que al escalar ese puesto no te tornes complaciente...

—Puedes estar tranquila, cariño. Combatiré siempre en primera fila por la justicia. Trataré de ser digno de ti y de mí mismo...

FIN



EXTRAÑO CHANTAJE

por Burton Hare

Estaban todavía dentro cuando saqué mi «38» y salté del taburete.

—¡Un momento! —grité.

Johnny se volvió en redondo. Tiré del disparador y de repente le nació un tercer ojo por encima de los dos que ya tenía.

Dutch siguió con la mirada idiotizada la caída de su compañero, pero no llegó a ver la voltereta completa de Johnny porque de nuevo disparé y la bala le hizo saltar la nariz y abrió un boquete muy feo en su ya de por sí repugnante cara.

Fue Digger quien me devolvió el fuego cuando yo ya rodaba por el suelo. Sus balazos hicieron saltar astillas del mostrador, por encima de mí. Los proyectiles aullaron furiosamente al rebotar.

Le metí un plomo más abajo del cinturón y al caer hacia atrás hizo polvo los cristales de la puerta.

Los secretos misteriosos de la política norteamericana...

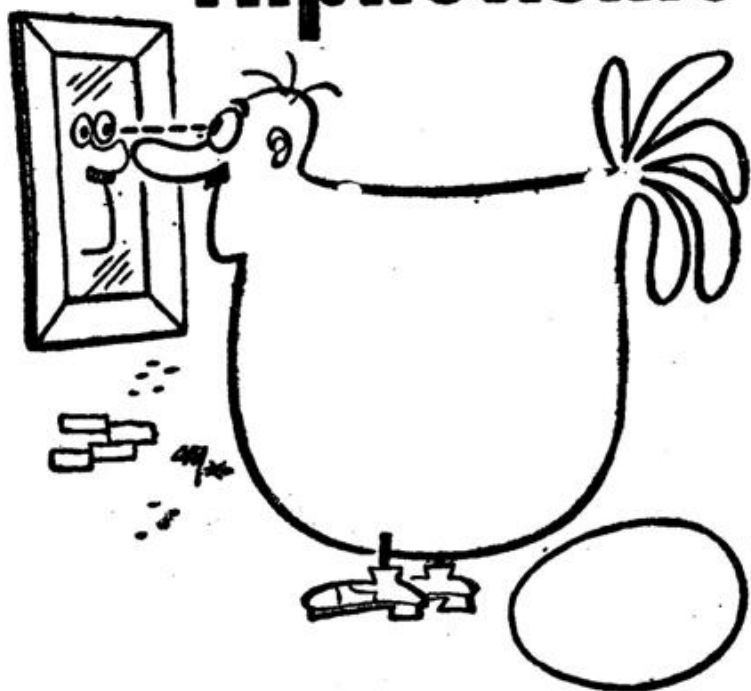
El juego siniestro de algunos "gangs" puesto al descubierto en

EXTRAÑO CHANTAJE

*una novela de sobrecogedor realismo escrita
por BURTON HARE*

¡Adquiérala dentro de siete días!

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de **OSBORNE**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain